

CURSOS Y CONFERENCIAS

DESPLGADO



SUMARIO

LUIS REISSIG: La educación de la mujer en la Argentina. - I. Planteo del problema. - II. La familia. - III. La sociedad. - IV. La vida pública y política.

Vida del Colegio: Fernando Araneda Ibarra, por José P. Barreiro. — Homenaje a Debussy, por Daniel Devoto. — Los libros, por Julio Caillet-Bois y Julia María Ferrari.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XXXIII
NUMERO 196

AÑO XVII

JULIO
DE 1966

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º. 264.590

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL \$ 20.— NUMERO SUELTO \$ 2.—
EXTERIOR ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

Dirección y Administración: (domicilio provisorio)
CALLAO 545, VI p. — T. A. 35 - 7949
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

RICARDO M. ORTIZ: Población y economía en la Argentina. — MARGARITA ARGUAS: La actuación de los abogados del foro de París durante la ocupación alemana. — Vida del Colegio. — Panorama Cultural. — Antología. — La Biblioteca del Colegio.

CORREO
ARGENTINO
Cor. Central
B

FRANQUEO PAGADO
Concesión N.º. 1849

TARIFA REDUCIDA
Concesión N.º. 259

EL COLEGIO DE MEXICO publica trimestralmente la

Nueva Revista de Filología Hispánica

Director: AMADO ALONSO

REDACTORES: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

REDACTOR BIBLIOGRAFICO: Mary Plevich.

SECRETARIO: Raimundo Lida.

PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.

Redacción: EL COLEGIO DE MEXICO, Sevilla 30, México, D. F.

Administración: FONDO DE CULTURA ECONOMICA, Nápoles 5, México D. F.

El Trimestre Económico

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

Es una revista indispensable para los que se interesan por los problemas económicos de Hispano-América en general y de México en particular

Dls. 2.00 AL AÑO

NUMERO SUELTO Dls. 0.50

PHILOSOPHY AND PHENOMENOLOGICAL RESEARCH

A Quarterly Journal Published for the International Phenomenological Society

UNIVERSITY OF BUFFALO
BUFFALO, NEW YORK

Esta revista, fundada y dirigida por el Prof. Marvin Farber, continúa en los Estados Unidos la famosa publicación fundada por Edmund Husserl, "Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung", muchos de cuyos colaboradores intervienen en ella, al lado de notables especialistas norteamericanos y de otros países.

Suscripción, 4 dólares por año.

The Personalist

A QUARTERLY JOURNAL
OF PHILOSOPHY, RELIGION
AND LITERATURE

Director: Ralph Tyler Flewelling
The School of Philosophy
University of Southern California
3551 University Avenue

LOS ANGELES, California
Estados Unidos

Suscripción, 2 dólares por año.

A Ñ O XVII

Volumen XXXIII

N ú m e r o 196

C U R S O S
Y

CONFERENCIAS

J U L I O

D E 1948

Buenos Aires

La educación de la mujer en la Argentina

por Luis Reissig

I. — PLANTEO DEL PROBLEMA

Quien pretenda haber dicho sobre educación la última palabra, o se engaña, o engaña. Tal última palabra no existe. La educación no tiene una meta única para todos los tiempos y lugares. Cambia de objetivo cada vez que cambian las condiciones del tiempo y del medio. Cambiar de objetivo es cambiar de ideal. La educación de los tiempos primitivos no fué la de Grecia; la de Grecia no fué la del Medioevo; ni ésta la de la Revolución Francesa; ni la de la Revolución Francesa la del tercer Reich. La educación antes de la aleación de los metales o del descubrimiento de la rueda, no es idéntica a la de nuestra época de la desintegración atómica. La vida pastoril, la agrícola-ganadera, la industrial, imponen también objetivos y modos de educar diferentes. Todo sigue la marcha del tiempo. La humanidad busca siempre cauces en los que luego avanza más de prisa que en los momentos de tanteo. Cuando su nivel de civilización logra un nivel concordante de cultura, entonces, los pueblos que han logrado esa coincidencia perduran en la historia como prototipos. Esta coincidencia de la civilización con su cultura es la tarea reservada a la educación. Labor difícil y larga en la que nunca se puede decir: "ya he terminado". La

civilización y la cultura pertenecen a un proceso que jamás se detiene.

Se puede, sí, decir: para este momento y este lugar corresponde tal educación. En estricto rigor lógico, ni podríamos decir eso tampoco, pues toda afirmación lleva, forzosamente, el sello del individuo, de la clase social, del sistema económico, de la posición política a que se está adscripto, pues nadie opina exclusivamente con su propia cabeza sino bajo la relación de intereses o de preferencias del grupo al cual deba obediencia, creencia o afecto. Pero como es necesario actuar — *primun vivere* —, toda acción educativa debe definirse, debe afirmar o negar tales o cuales valores, y debe preparar al individuo para que — dentro de lo posible —, sea tal o cual cosa, o se aproxime a lo que se desea.

Al entrar, pues, en mi planteo, he experimentado ya todo un proceso de influencias, unas, de hogaño, otras, de antaño; e, incluso, pondré el énfasis sobre lo que quizás un tiempo atrás no lo hubiera puesto.

Limitar el tema de la educación de la mujer a la Argentina, es ajustarse a las líneas generales que he expresado. Esa educación no puede ser idéntica a la de la mujer de países que difieren apreciable o sustancialmente del nuestro en su sistema de relaciones sociales, económicas, culturales y políticas. Tendrían que ser enfoques diferentes. Se pueden hacer, pero serían otros capítulos de la educación de la mujer en tal parte. Además de esta discriminación geográfica, hay que plantearse otras discriminaciones dentro de los límites geográficos escogidos. ¿Se puede actualmente educar a todas las mujeres de la Argentina de la misma manera? ¿No hay condiciones sociales, económicas, culturales y políticas que imposibilitan una educación uniforme?

Los cambios sociales, económicos, culturales y políticos significativos, y aún más los trascendentales, son en parte obra de la educación. La educación en una ideología, en una técnica, ha servido para concertar los momentos precursores de aquellos cambios, y hacerlos obrar con eficiencia; pero la educación misma no es más que la mano de obra; necesita el material para ejecutar algo, y este material lo recoge de las condiciones que tiene a la vista y que le son dadas. La educación no puede proponerse un fin para el cual carezca de medios. Puede enunciar

ese fin; pero en tanto no haya elementos a su disposición, no será más que una palabra; o si se quiere expresarlo con más énfasis: una idea. Por lo tanto: se puede predicar o demostrar que tal debe ser la educación de la mujer en la Argentina, pero si lo que se dice no es aplicable a todos por igual, o no es aplicable a ninguno, serán una prédica y una demostración más.

Como existen condiciones básicas diferentes, si se quiere llegar a una educación uniforme o equivalente en puntos sustanciales, es necesario primero que las condiciones básicas diferentes se modifiquen hasta ser uniformes o equivalentes. Esto pertenece ya a la acción social, económica y política, a la cual hay que recurrir indefectiblemente, en forma directa o indirecta, para que estas condiciones básicas, modificadas o sustituidas permitan la educación que se desee.

Yo no rehusó suscribir más de una afirmación o negación en materia educativa para cuando las condiciones sean distintas — y habrá que trabajar en el campo social, económico y político para que sean distintas —, pero me ceñiré hoy a lo que sea posible, sin cerrar ni entornar los ojos a esa bella ilusión o formal realidad que lleva muchos nombres: futuro, mañana, porvenir; que ha servido a la humanidad para tener la suficiente fuerza física y moral para seguir su camino al comienzo de cada día.

Hace treinta años — para fijar un período que permita comparaciones a una gran mayoría — el nivel educativo de la mujer en la Argentina difería bastante del actual en grandes ciudades como Buenos Aires, en que el cambio económico y social fué variado y rápido; en pueblos de menor cuantía el nivel se modificó muy poco, y fué nulo en poblaciones semiperdidas. Condiciones diferentes, educación diferente. No obstante, durante todo ese período, y durante todo el período anterior, volviendo hasta Sarmiento, si se quiere, se ha clamado por una mejor educación para todos, incluso para la mujer. Pero eso no ha bastado: siempre es necesario un cambio de condiciones.

La mujer de hace treinta años, empleada, maestra, obrera, miembro de familia, personaje social, etc., si bien fué ascendiendo de nivel en ciudades como Buenos Aires, tenía ideales educativos que seguramente no han variado mucho con relación al momento actual: o formar una nueva familia, o llegar a

una tranquilidad o independencia económica, o tener más libertad, o tanto campo de acción como el hombre, elevarse intelectualmente, afirmar su yo de mujer, etc. Lo que han variado son las vías para intentarlo: en la ciudad más que en el campo; en la clase media más que en la obrera durante un tiempo; en la clase obrera más que en la clase media en los últimos años. Para que los ideales o valores educativos hubieran cambiado, hubiera sido, a la vez, preciso una profunda transformación de condiciones. A esto no se ha llegado. Si se llega, con el tiempo, puede entonces anticiparse que en muchos sentidos la educación de la mujer tomará nuevos rumbos.

Nuestro país se desarrolló fundamentalmente como agrícola-ganadero; después de las dos últimas guerras, su industrialización cobró gran importancia; tanta, que así como la clase política dominante fué otrora la ganadera, hoy lo es la industrial. A mayor poder económico, mayor poder político. La ganadería — bien lo sabemos — casi no ha necesitado del hombre para desarrollarse. Las vacas y los toros, los carneros y las ovejas han hecho todo. 2.000 hectáreas de campo, 1.000 vacunos, y 3.000 ovejas, pongo por caso, se atienden bien con una docena y media de hombres. La estancia y el molino son explotaciones económicas representativas de mínimo humano y máximo monetario de rendimiento. Y en cuanto a la agricultura, el empleo de la mujer ha sido casi siempre como el de un animal de trabajo asociado por vínculos diversos a chicos y grandes de su familia o de otras familias; todos, tirando de la rastra, empujando el arado, agachando el lomo para la siembra o la cosecha, mordiendo el polvo, chapaleando el barro. La educación de la mujer campesina en nuestro país no ha existido nunca. Sólo la ha salvado de confundirse del todo con las bestias para el resto de la sociedad, lo que pudo recibir de sus allegados o antepasados para la educación de su mano; y el lento conversar sobre cosas menudas; última brasa cuidadosamente conservada para que el fuego del pensamiento no se apagara del todo.

¿Cómo puede esto comenzar a cambiar? Con mejoras parciales relativas a vivienda, salario, alimentación, sistemas de trabajo, se logra aliviar la carga física, la pesadumbre moral; y con ello, del encorvamiento se puede pasar a la posición vertical, propia del ser humano; pero hasta tanto no se modifiquen las

condiciones básicas del sistema de explotación campesina, esas mujeres no habrán logrado más que mejorar por fuera. Para mejorar por dentro, para educarse, necesitan — ellas y sus familiares —, nuevas condiciones sociales y económicas que les permitan mirar con alguna seguridad de hoy en adelante; que si se dedican a la familia por necesidad o preferencia, o a tareas agrícolas de más alto nivel educativo, sepan que su día de hoy es un paso progresivo y seguro hacia su día de mañana. En zonas semibárbaras del punto de vista agrícola, cuyo más alto exponente quedará inscripto en la historia de nuestra vida económica y social por las de la yerba y la caña de azúcar, poco podrá elevarse la educación de la mujer campesina. Quien ha mejorado algo saliendo del rancho es la que se convirtió en empleada, pero ésta es ya la pueblera, no la de campo afuera. La educación de la mujer campesina está íntimamente ligada al progreso de nuestra agricultura y de nuestro sistema de explotación ganadera. Mientras no sea posible una agricultura diversificada, una industrialización ganadera que no dependa de los monopolios, una reforma agraria que dé el poder económico a los trabajadores de la tierra, toda esperanza de mejora de nivel educativo será superficial o se disipará como nube de humo.

Una agricultura que exija una calificación previa y una elevación de nivel educativo y técnico, transforma el campo y transforma en muchos aspectos a quien lo habita. No se trata de “humanizar” la agricultura; de lo que se trata es de una reforma agraria que arraigue la familia campesina y la civilice, elevando así su nivel económico; de una educación agraria, que eleve su nivel social; de progresos técnicos y científicos que eleven su nivel intelectual.

¿Qué ha ocurrido, en cambio, con las hijas de nuestras familias campesinas?

Unas, primero en el servicio doméstico de los pueblos y ciudades próximas; después, de la capital de provincia o de la gran capital; actualmente, empleadas u obreras de calificación baja. Las excepciones de esas hijas de familia campesina pudieron, a duras penas, dedicarse al profesorado o al magisterio. Buena cantidad halló su salida en la formación de una nueva

familia; de ser posible, fuera del campo. El campo, tal como era y continúa siéndolo, es la pena de por vida.

Mientras la familia campesina estuvo arrinconada en las distintas provincias y territorios, viviendo y trabajando miserablemente, dando y enterrando hijos a granel, el resto del país, habitante de las ciudades —algunas majestuosas, como Buenos Aires — o ignoraba o prefería no acordarse de la desastrosa incubación de varias generaciones de seres humanos, miserables por dentro y por fuera, que periódicamente llegaban hasta los suburbios, donde permanecían incrustados. Pero cuando la industrialización a todo trazo lanzó su canto de sirena, que fué escuchado hasta en los rincones más lejanos del país, se vió un constante fluir de esa misma masa que todos habían olvidado o ignorado. Y ese es el más grande problema educativo de la Argentina de hoy. Nos llenábamos la boca hablando de escuelas en la cumbre de las montañas y junto al lecho de los ríos, en la pampa desolada y en los bosques umbríos —la retórica y la literatura dan para todo—; pero había una Argentina semibárbara, embrutecida por una explotación semibárbara; y esa Argentina, con todo el derecho de ser viviente, ha tomado decididamente el camino de la metrópoli.

¿Cómo educar a esa enorme cantidad de adultos y adolescentes?

Es necesario hablar simultáneamente de los dos sexos en el planteo del problema, porque las condiciones que crearon situaciones para uno, las crearon para el otro.

Si algo puede anticiparse en este planteo y con referencia a la masa ya definitivamente desarraigada del interior del país, es lo siguiente: será difícil educarla en escuelas o en organizaciones vocacionales, como se puede intentar con la población formada en las ciudades, que ya tienen una preparación debida a enseñanzas sistemáticas, o a contactos de algún nivel cultural e intelectual. Es una masa que está abriendo los ojos a un nuevo ambiente económico y social, en el cual los problemas del lugar en que vivieron —se dan cuenta ahora— forman parte de un problema general en el cual todavía tienen que aprender muchas cosas. Por eso que los planteos económicos y sociales directos captan justamente su mayor interés. Están dando los primeros pasos políticos; de una política que mal

conocieron o ignoraron, y que ahora les está mostrando nuevos caminos. No yerran. Intuyen o comprenden muy bien que hasta tanto las condiciones generales de la sociedad no se modifiquen, su vida se modificará muy poco. La ciudad les ha enseñado por sí misma la preeminencia de los hechos generales. En carne propia tenían muchas cicatrices, sabían muy bien del dolor de la opresión y la injusticia; pero en la ciudad, en contacto con hombres y mujeres más cultos que ellos y ellas, saben algo más, quieren algo más, y han de conquistar — quién lo duda — algo más.

El paso social, económico y político — siempre previo — ha de colocar a la mujer venida de tierra adentro en condiciones de afrontar su paso educativo; o en ella o en sus hijos. Esa mujer nunca más volverá a la campaña. Nada puede darle ésta mejor que la ciudad, con todas sus restricciones y defectos. La vida de campo siempre está en desventaja con relación a la de la ciudad en cuanto a halagos y seguridades: menos defensas, más penurias. Esa enorme masa de mujeres venidas de tierra adentro, que un día se iniciaron tímidamente en el servicio doméstico, en desventaja con relación a las europeas, ya por su tipo y costumbres, ya por su inhabilidad — así era el juicio de las familias que tenían que decidir si las empleaban o no — están ahora en las fábricas, en las tiendas, en las oficinas públicas y privadas. Están con el mismo derecho social que cualquier otra mujer; pero el país necesita que esa masa se eduque.

Este ejemplo de la mujer de tierra adentro nos lleva al tema de la educación como problema social y como problema moral. Como problema social es de capacitación, de rendimiento, de convivencia, de afianzamiento de un sistema o de coyuntura para otro. Como problema moral es de formación humana.

La mujer tiene derecho a saber de todo, capacitarse en todo; y social, económica, cultural y políticamente ser igual al hombre; o más, si lo desea y puede. Este no es un reconocimiento gracioso del hombre; es un reconocimiento de condiciones sociales, económicas, culturales y políticas que se manifiestan y afirman en los países que así lo pueden afirmar. Los pueblos que aseguran lo contrario, o no tanto, están sujetos a otro tipo de condiciones.

Se ha reprochado al hombre tal injusticia, atribuyéndola a predominio o arbitrariedad de sexo. La interpretación justa es que se trata de un predominio o arbitrariedad de condiciones que el hombre mismo, como tal, no puede modificar. Las puede modificar o mantener no por razones de sexo, sino por razones políticas y económicas que repudia o acepta. Si el hombre es progresista o reaccionario, también lo es la mujer, y ello no depende del sexo, sino del objetivo político y económico que se persiga. Si ha habido mujeres que han luchado fuertemente para que aquellas condiciones cambiaran, no puede afirmarse que la actitud de los hombres ha sido la de cruzarse de brazos. La prueba es que lucharon para derribar verdaderas murallas de intereses y prejuicios en un campo más general. El hombre prefiere luchar en este tipo de campo; está más en su modo de ser, en su concepción de la lucha: de lo más a lo menos.

El problema social de la educación de la mujer está ligado, como el del hombre, al de sus condiciones sociales. Se ha educado siempre más quien ha estado en mejores condiciones para hacerlo. Por eso está bien encaminada la lucha por las mejoras de estas condiciones, como paso previo a muchos otros. La clase media, la pequeña y la gran burguesía, la cuasi aristocracia — en ese orden económico creciente — han tenido más oportunidad para educarse que la mujer obrera y campesina. Puede, incluso, decirse que son las únicas que han tenido oportunidad para educarse. La mujer obrera y campesina siguió la misma línea del hombre de su clase: poca o ninguna escuela primaria; casi, ni el umbral de la educación. La mujer de clase media trató de capacitarse en tareas auxiliares del comercio, la industria, las oficinas. Durante años le fué difícil hallar trabajo; en parte, porque solamente podía o se avenía a determinados trabajos; en parte, por los conflictos gremiales derivados de la desigualdad de salarios; o los conflictos propios, en un bajo nivel de educación, de la diferencia de sexos. Todo ello integraba un sistema de vida social, económica y moral que ha ido cambiando con el tiempo. Recordemos aquellas salidas de las empleadas de las tiendas centrales, en que muchos familiares iban a esperarlas; lo mismo que todavía muchos padres van a la puerta de la escuela a esperar a sus hijos. El punto más bajo de ese déficit educativo de las calles porteñas estaba representado en-

tonces en los suburbios por el malevo; en el asfalto por el patotero; y entre uno y otro extremo el piropeador, al que se trató de eliminar con aquellas famosas disposiciones que iban del arresto a la multa, hasta la tan temida publicidad. Pero la partida contra todo esto fué realmente ganada por la modificación de las condiciones de base: la mujer asalariada fué creciendo en número e importancia hasta convertirse en un factor social y económico casi parejo al del hombre. Sus mayores conquistas sociales le abrieron camino a mayores conquistas morales. Este es un capítulo del que no se puede volver atrás. La civilización y el progreso político van acercando cada vez más a la mujer al hombre en el campo económico y social. Eso facilitará su mayor acercamiento en el campo educativo. Todas las trabas que aún subsisten serán derribadas. Hombre y mujer, seguramente, tendrán los mismos derechos en esos campos; y serán derechos sobre lo cuales tampoco se podrá volver al capítulo precedente.

La mujer de clase media y de la pequeña burguesía — que se tocaban muchas veces en sus lindes económicos — han formado en la Argentina el núcleo educativo de mayor importancia. De ese núcleo se formó el magisterio y el profesorado; como también el personal calificado de los establecimientos públicos y privados; los de asistencia social y los profesionales.

Como la labor intelectual pura ha exigido en la Argentina una situación económica relativamente holgada — pues vivir, por ejemplo, de la pluma ha sido siempre muy difícil, cuando no imposible — la cepa intelectual se ha cultivado más bien en los sectores de la pequeña burguesía, y a veces de la gran burguesía, pues han dispuesto de más tiempo y dinero para cultivarse. Esto ha ido cambiando, y deberá cambiar mucho más. Pero fuera de esta actividad, a la que muchos han estimado de elevado orden jerárquico, las mujeres de la gran burguesía se han educado o desarrollado su acción educativa en los límites de su hogar o sector social y económico a que pertenecían. En esa formación y acción educativas han cultivado y expresado, naturalmente, sus intereses, sus puntos de vista, sus preferencias, su moral de clase social y económica dominante. No podía esperarse que cultivaran y expresaran lo que correspondía a la clase dominada. En ningún momento de la historia

humana una clase social ha ido voluntariamente a poner su cabeza bajo el filo de la guillotina; todas han luchado para defender sus intereses, sus puntos de vista, sus preferencias y su moral.

En el panorama de la vida educativa de la mujer en la Argentina, que vamos examinando, la mujer obrera y campesina ha sido la que menos ha dado, porque es a la que menos se ha dado. La clase media y la pequeña burguesía forman hasta ahora el núcleo educativo más importante en número y calidad; aunque inoperantes como factor masa y, por lo tanto de decisión histórica, tuvieron conciencia de que a mayor poder económico correspondería mayor poder político, y que a ellas se les presentaba un resquicio por medio de la calificación educativa, para estirar las manos a ese poder. Pero se quedaron con las manos estiradas, porque el poder siempre fué ejercido por poderes económicos superiores a los suyos. La gran burguesía, nacida siempre de la pequeña, fué educada en la conservación de un sistema moral, social y económico; sistema en el cual la cuasi aristocracia se ha reservado siempre el papel de guardián político.

Nuestra aristocracia ha sido lo que podríamos llamar una clase ilustrada. No me atrevería a decir culta, pues ha elaborado muy poco todo lo aprendido en lecturas, viajes, espectáculos, etc. Ha desempeñado el papel educativo y cultural de todas las aristocracias: clases conservadoras, nunca productoras. Cuando emplean sus riquezas en un papel educativo, es para mantener objetivos y formas que no contraríen sus específicos intereses de clase; y cuando se advierte — y hay ejemplos a lo largo de la historia — que mujeres aristocráticas ilustradas, sin abandonar su clase, abrazan objetivos que contradicen sus intereses, es porque ya la sociedad misma está sufriendo el ataque agudo que señala la culminación de todo un proceso, que modificará las condiciones sociales, políticas y económicas hasta entonces reinantes.

Llegamos ahora al punto que es, sin duda, el principal de todo planteo educativo: ¿para qué se ha de educar? El simple problema de educar no ha ocasionado nunca perturbaciones, porque aún educar en la ignorancia, en la servidumbre, es educar. Todos los pueblos, desde los más primitivos, han em-

pleado sus métodos educativos, regidos por principios que correspondían exactamente a los principios sociales, económicos y políticos del sistema de gobierno predominante. Llevar la atención y el interés del educando hacia un punto dado, es llevar a la práctica una política educativa. En la educación argentina — y en especial en la educación de la mujer — avanza ya una tendencia, muy protegida, para mantenerla como ser que siente, en lugar de como ser que también piense; como ser que cree, en lugar de como ser que también examina; como ser que se contrae, en lugar de como ser que se expande.

Si el pensamiento, el examen, la expansión pueden ser comunes a muchas políticas educativas, es evidente que hoy constituyen la antítesis de la política educativa protegida que sólo aspira a la servidumbre por el sentimiento, por la creencia, por la limitación. Si ese tipo de educación avanzara hasta atraer hacia sí a esa enorme masa de mujeres incorporadas en los últimos diez años a las fábricas y talleres, a los almacenes y oficinas, podría anticiparse que la educación argentina habría entrado en uno de sus períodos más difíciles; podría anticiparse que la educación liberal y progresista incluida en el pensamiento de Mayo sería cercada. Por eso, aunque el pensamiento y el examen no sean patrimonio exclusivo de una educación, podemos sí decir que hoy constituyen un punto de mira que no debe desaparecer en el panorama educativo de la vida argentina.

Si tal política educativa del sentimiento y la creencia avanza es porque se han dado ya condiciones básicas para su existencia. ¿Hay que limitarse, pues, a esperar o a luchar solamente para la modificación de esas condiciones, antes de empezar la etapa educativa que nos interesa?

Si la educación fuera como un coronamiento — y ésta es la concepción aristocrática — habría que esperar; pero dentro de la concepción dialéctica, la de que todo forma parte de un proceso de luchas y contradicciones, en el que es preciso educar de continuo, cabe afirmar que no debe esperarse.

Dentro de su necesidad de bregar por la mejora de sus condiciones materiales de existencia, la mujer podrá educarse con mayor sentido colectivo que la generación precedente, que no tuvo tan amplio campo de acción. La mujer de ciudad dispone siempre de un mayor campo colectivo que la de tierra adentro,

que vive casi confinada. En esa intervención creciente hacia el campo colectivo es donde la educación, considerada como problema social, puede cumplir holgadamente su papel. Saber más, capacitarse más, adquirir más. Por el camino del progreso económico y social se llega a muchos lugares. Pero una vez en esos lugares, ¿a qué valores educativos hay que entregarse? Vivienda, ropa, alimentación, distracciones, satisfacciones, son indispensables; pero, ¿además qué?

Si la mujer obrera y campesina fuera a repetir al pie de la letra lo que antes simbolizaba la elevación de la pequeña y gran burguesía, sería evidente que no se habría producido más cambio que el de la ropa, la vivienda, la comida. Sería otra pequeña o gran burguesía en su formación mental moral, cultural. Hubiera sido un ascenso económico solamente; no se habría salido del aspecto social del problema educativo; no se habría entrado en el aspecto moral de ese mismo problema. El aspecto moral es el "para qué".

La educación de la mujer como problema social, es decir, de capacitación, elevación, intervención, etc., va perdiendo rápidamente en la Argentina sus últimos o penúltimos contradictores. La batalla ha sido ganada por el cambio de condiciones de base, al exigir o atraer a la mujer a actividades en las que antes no se desempeñaba. Solamente el medioevo — hoy en tentativa de *increscendo* — se anima a decir que la mujer debe hacer tal o cual cosa y no tal otra; porque al medioevo le interesa que la mujer obedezca y crea.

Es en ese planteo del hacer o no hacer tal cosa la mujer, no como deducción de sus limitaciones físicas, sino como parte de un programa de política educativa, donde el problema de la educación se mantiene tenso. Si el planteo educativo de mayor resonancia — hoy en sus epígonos — fué en la última cruzada educativa el del niño, en estos años que corren, y por un tiempo, será seguramente el de la mujer; la mujer en sus distintas clases y edades.

A medida que se ahonde el problema se verá que aquél de la educación de los niños comparado con el de ella, será, en verdad, juego de criaturas. Mucho se piensa y se habla ya de la educación de la mujer que formará en primera línea en el mundo de hoy y de mañana, porque es evidente que de la mujer joven

se puede y debe siempre esperar más. Pero, ¿y los millones de mujeres arrumbadas o ignoradas, mudas, sufrientes, envejecidas antes de tiempo, cuyo pecho y espalda dió de todo y sirvió para todo; mujeres sin más alegría que la creencia de haber sido útiles y la convicción íntima de haber sido inexorablemente sacrificadas?

Para la educación de la mujer este es un problema de igual importancia que el que apunta al mundo de mañana. El mundo del mañana sale del mundo de hoy; y así, remontando los siglos. No puede, pues, plantearse el problema de la educación de la mujer en la Argentina como el de un cuadro en el que el tiempo hubiera desaparecido. El tiempo nunca desaparece; en todo mantiene, vivas, profundas huellas. Estas huellas son su voz y su aliento. La mujer marchitándose de ayer o anteayer tiene aspiraciones educativas; tan legítimas y tan atendibles como las aspiraciones educativas de la mujer fresca de hoy. En la mujer joven, para abrir caminos; en la mujer que ya no lo es, para volcar en esos caminos su larga vida y su larga experiencia.

También para la solución de este conflicto es necesario que las condiciones de base se orienten hacia la seguridad social. Mientras esta seguridad social no exista de verdad, las relaciones de dependencia económica exacerbarán los conflictos. Nuestro tipo de organización social ha hecho que la mujer sufra más que el hombre los efectos de una dependencia económica.

El hombre la siente con respecto a seres extraños: el empleador, el cliente. La mujer la siente con respecto a seres que no le son de ninguna manera extraños: el marido, los hijos, los hermanos, etc. El hombre puede encogerse de hombros frente a sus proveedores económicos; ella, en cambio, siente frente a esos conflictos como si se le encogiera el corazón. El hombre no se empeña en mantener esa preeminencia pecuniaria, pero la tiene. El espíritu de empresa — del cual se obtienen en el régimen actual los grandes beneficios — está más desarrollado en él que en la mujer. Si la mujer puede llegar a tanto, lo dirá la prueba del tiempo; el hombre no tiene interés en trabarle ni cerrarle el camino. El sabe, tanto como la mujer, que ser libre económicamente es haber adelantado un buen trecho en el camino de la liberación social y moral.

La mujer no puede, siempre, ser educada estrictamente de la misma manera y con relación a todos los objetivos que persigue el hombre. No es cuestión de prohibición social o política; no hay problema de clase o de sexo de por medio; es porque la mujer, sencillamente, no es el hombre; ni vice-versa. ¿Puede ser educada de la misma manera la mujer de 90 años que la muchacha de 20 o la niña que comienza a andar? Y si hay diferencias que lo impiden dentro del mismo sexo, ¿cómo no ha de haberlas con respecto al sexo diferente? Si admitimos que las condiciones sociales, económicas, culturales y políticas imponen o regulan diferentes modos de educar, ¿cómo no vamos a reconocer igualmente, que las condiciones intrínsecas — más próximas, por supuesto, que las extrínsecas —, que las condiciones propias del sexo impongan o regulen, también, diferentes modos de educar?

Yo creo que el sexo impone condiciones más que limitaciones. Se las impone tanto al hombre como a la mujer. El estado físico y psíquico, con prescindencia del sexo, también impone condiciones educativas especiales. Vivimos en un mundo de interrelaciones, de las cuales sólo se ha descubierto una pequeñísima parte. La interdependencia es la ley. Se la puede ignorar, pero existe. Y nos impone condiciones. Si en lugar de "condiciones" se usa más bien la palabra "limitaciones", es porque en la práctica, y para quien desea más o todo, las condiciones se traducen en limitaciones: no hacer esto o aquello; o hacer sólo esto y aquello.

En tanto se admita que todo viene de muy abajo o de muy atrás, es decir, que todo nace de un proceso, cuyo fin y principio se desconocen, y en el cual nada se produce porque sí, lo interdependiente es la ley, y lo independiente es la hipótesis saludable, el punto de mira en el que puede coincidir de hecho el proceso en una de sus etapas. Y en tanto se admita que todo viene porque sí, por gracia o por castigo, lo independiente, lo subitáneo parecería ser la regla; pero tanto no existe lo independiente de verdad, que la filosofía de lo subitáneo es la que practica la moral de la dependencia, la del orden jerárquico, la de la sumisión rayana en lo absoluto.

Vivir la vida es la aspiración ingenua de cada ser humano; vivirla tal cual se desea; en unos nace más precozmente que

en otros; en otros se debilita o resplandece; rara vez se renuncia del todo; siempre, aún en la más dura adversidad, se mantiene, en una reserva casi subconsciente, esta esperanza. Acaso, mañana... No se dice, pero se siente. La mujer, mucho más que el hombre, experimenta esta inquietud; tal vez esa angustia. Sus sufrimientos, mayores que los del hombre, le hacen desear la compensación de una liberación jubilosa. En labios de la mujer, la frase "quiero vivir mi vida" tiene un sentido patético y de ansiedad; en labios del hombre sólo tiene un sentido de reposo, de calma. Lo que en la mujer significa un "algo más" en el hombre significa un "¡basta ya!". La vida íntima de la mujer interviene más activamente que la del hombre en su educación; en realidad, interviene más activamente en todo. La mujer liga su vida íntima a la mayoría de sus pensamientos y de sus actos. El hombre coloca a su vida íntima más bien como espectadora del resto de sus demás cosas. La mujer tiene mayor capacidad de resignación, pero se conforma menos. Es por eso, también, que el problema de la conquista de su libertad, de su personalidad, tal como se plantea para una sociedad que debe cambiar, de su emancipación, en suma, ofrezca más dificultades de solución que si se tratara del hombre. Tales dificultades no surgen en cuanto a su educación para la nueva vida económica, social y política, sino en posibles relaciones morales. ¿Ha de seguir la mujer siendo lo que hasta ahora en su relación afectiva con el hombre? ¿Corresponderá seguir el consejo de quienes piden que la mujer moderna desarrolle firmeza, decisión, energía, venciendo en ella misma dogmas que la inhiben, creándose así una fuerte individualidad, distinta de la mujer-esposa que viene de los viejos tiempos? ¿Deberá continuar manteniendo al amor, a la maternidad, como centros de la vida moral? ¿O deberá, en cambio, sustituirlos por el amor al trabajo y por otra moral sexual? La autodisciplina, la libertad, la personalidad, ¿deberán sustituir al sentimentalismo y la sumisión o adaptación? La moral burguesa, ¿deberá ser ya reemplazada por otra moral? ¿Está ya madura la sociedad argentina para un cambio de moral?, y, en tal caso, ¿qué moral social va a sustituirla? ¿Cuál es el nuevo ideal de la mujer de nuestro tiempo y nuestro medio?

Dar respuesta categórica y definitiva a tales preguntas equi-

valdría a dar por sentado que se conoce el punto final de la etapa del proceso que estamos viviendo. Se pueden dar tales respuestas, pero ellas no serán otra cosa que el fiel reflejo de nuestros intereses, de nuestras pasiones, de nuestra ubicación social, de nuestra orientación política; y en el mejor de los casos, de nuestra interpretación — aún lo más objetiva posible — del mundo y de los seres que lo habitan.

Un examen sin el propósito preconcebido de querer demostrar que hay una solución única, es siempre un examen ingrato, pues contenta a muy pocos. La humanidad prefiere vivir en un sí o en un no. La duda la atormenta; es un espectro que trata de ahuyentar lo más pronto posible. Y la educación no hace más que plantear a cada paso sus dudas y vacilaciones. ¿Será por allí? ¿Será hacia allá? Esta incertidumbre no es la de no saber a qué objetivo tendemos. Podemos saberlo y quererlo — y lo sabemos y queremos — pero el tiempo y el medio no se ajustan a nuestras convicciones y tenemos que actuar, sin embargo, en un tiempo y en un medio que debe sufrir previamente la acción política, social y económica que configure su nuevo rostro y su nuevo contenido. Es en este punto donde la educación desempeña su gran papel de partera del mundo nuevo. La gestación del mismo, no le pertenece, pero sí le pertenece el cuidado de lo que ha de venir. La educación, pues, tiene dos momentos en que debe probar su valor y su perdurabilidad; el momento en que cuida del tiempo presente mirando hacia el futuro; y el momento en que recibe a éste, no como algo definitivo, cerrado, sino abierto a un proceso que jamás se interrumpe.

En la educación de la mujer se va a librar una batalla que mucho interesa a quienes no renuncian al pensamiento de Mayo como base de nuestra formación nacional. El contradictor aspira a la mujer colonial, porque ello coincide bien con sus intereses sociales, económicos y políticos. Ambos tienen que tomar de la realidad sus hechos y ejemplos. No hay que desdenar a esos hechos y ejemplos, puesto que son absolutamente reales, sino por el contrario, hacerlos servir como puntos de apoyo en el desenlace del proceso que se persigue. Y afirmar como objetivo: Mujer colonial, no. Mujer de Mayo, sí.

II. — LA FAMILIA

Desde su origen hasta nuestros días, la familia ha variado mucho en su composición y organización. Primitivas comunidades sociales y sexuales fueron reemplazadas por otras. La familia, tal como la conocemos, es dentro del gran proceso de la sociedad humana, una creación reciente. No será la última. Todo cambia. Pero los grandes cambios nunca son subitáneos: vienen de muy atrás, van hacia adelante; como su proceso es muy largo — centenares, miles, millones de años son a veces necesarios para cumplirlos — la vida de cada cual no tiene tiempo suficiente para observarlos; como si ante nosotros nada se moviera, como si todo esperara juicios individuales o colectivos para tomar un rumbo.

La familia de los tiempos primitivos, la de la historia, la nuestra contemporánea, integraron o integran sistemas de relaciones sociales, económicas, culturales, sexuales, educativas, políticas, etc., que han ido cambiando, y que cambiarán. Ese sistema de relaciones es el que forma o transforma la familia. Por lo tanto, cuando se piense que hay que modificar tal régimen de familia, hay que pensar primero si las condiciones para ello han llegado al punto indispensable para que tal cambio se produzca. Lo que no quiere decir que el papel del hombre sea un papel pasivo frente a las condiciones, sino que debe, primero, conocerlos y actuar. El factor hombre — puesto que él también forma parte del medio — es factor de decisión en la integración del sistema de condiciones.

La familia, pues, como todo hecho, está sujeta a cambios. La educación puede preparar para esos cambios; pero puede también preparar para retardar la adecuación a esos cambios. Depende del objetivo que ella se fije. Y estos objetivos responden, como se sabe, a los intereses materiales y morales que se quiera atender. También estos intereses condicionan el tipo de familia que ha de prevalecer.

La familia argentina — no podía ser de otra manera — corresponde al tipo de familia de los europeos que han ido poblando el territorio de la república. Este tipo no ha variado más que lo que variaron las condiciones económicas, sociales, culturales, educativas, etc., del medio anterior con relación al medio presente; y también lo que han variado en el propio medio nacional, esas condiciones. A estas dos variaciones; una de contraste y la otra de cambio local, debe añadirse las de orden general, pues no vivimos aislados entre meridianos y paralelos hipotéticos, sino que pertenecemos a un mundo de relaciones más vasto que el llamado propio. Por lo tanto, todo cambio sustancial en el tipo de familia que integra el mundo de relaciones más vasto a que pertenecemos, significaría, sin lugar a dudas, un cambio sustancial en nuestro tipo de familia local. Nuestro tipo de familia local es una expresión particular de un tipo de familia que tiene desde hace tiempo mucha preeminencia en vastas extensiones de la tierra y que habita en todos los continentes. Aclarado que si bien hay variaciones locales y circunstanciales, la familia argentina pertenece a un tipo de fuerte arraigo internacional, podemos entrar a referirnos a la familia del ámbito nacional.

La familia argentina corresponde en su composición a la de sus diversas clases económicas y sociales, al nivel cultural y educativo de la población, a los objetivos de vida comunal en su conjunto. Estos objetivos son parejos en sus distintas clases y situaciones, por lo que puede decirse que nuestra familia no se orienta hacia el clan cerrado sino al intercambio. Las cruzas no son resistidas, las discriminaciones de tipo político, social, religioso y aún económico o educativo no han constituido nunca la línea de conducta de nuestra formación nacional. La preeminencia de alguna discriminación sólo puede significar un momento de retroceso, que si perdurara significaría que nuestra vida nacional está siendo minada. La familia argentina, de cuya moral el país no tiene de qué quejarse, se ha formado en la tolerancia, en la apertura de miras, en la confianza hacia el mañana. Ha reflejado lo mismo que han reflejado las condiciones medias de la vida del país, que hasta ahora no ha tenido ninguna preocupación grave respecto al mañana. Lo de "Dios es criollo" no es una frase en el vacío: es un estado de conciencia, que se puede aplaudir o criticar, pero que no deja de ser una realidad.

La intolerancia como práctica consuetudinaria es propia de los pueblos como de los hombres divididos entre sí por límites sociales, económicos, culturales y educativos muy severos. La sociedad argentina no tiene ese tipo de composición; su base demográfica es, todavía, de pequeña burguesía y de clase media, que son clases que acaban de llegar y que piensan partir; es decir, clases en apetencia de tránsito, que constituyen una elevación económica y social sobre la obrera y campesina, y una aspiración a convertirse en gran burguesía. La intolerancia pudo partir de la cuasi-aristocracia; pero esta clase social comprendió ya después de Caseros, que el crecimiento de su poder no estaba en el aislamiento sino en la apertura de sus relaciones, hasta que llegara el gran burgués, su pariente económico más próximo. Después de Caseros se abre el país a la inmigración en gran escala; la inmigración que enriquece los campos de los terratenientes, que funda el gran comercio y la gran industria. ¿Cómo iba a ser intolerante la aristocracia feudal para con quien le inundaba los bolsillos de patacones? Fué tolerante porque la tolerancia era más conveniente que la intolerancia. No lo hizo por hipocresía, sino con buen sentido de la realidad; y gracias a esa coincidencia de intereses, la cuasi-aristocracia que le sucedió — más parecida a la de Luis Felipe que a la de Felipe Segundo — ha constituido una comunidad muy conservadora, sí, pero flexible. Cuando el general Julio A. Roca, presidente de la República, promulgó la ley de enseñanza laica, sabía bien por qué lo hacía. Esta vez "el zorro" no encontraba verdes las uvas.

La familia argentina, como toda asociación que depende del medio, ha podido multiplicar, organizar y mejorar sus grupos con mayor facilidad en las ciudades de amplio desarrollo económico y social que en las poblaciones retrasadas, y, por supuesto, que en el campo. La familia campesina se mantuvo firme mientras pudo satisfacer con los recursos provenientes de su trabajo, demandas de sus componentes más jóvenes, y mientras la chacra no se diferenciaba en mucho del pueblo; pero cuando la economía campesina no alcanzó a subvenir las apetencias por los bienes de la industria, y el poblado deslumbró al paisano, la familia de tierra adentro comenzó a perder todos sus mejores brotes y se fué agostando hasta ser lo que hoy es: una leyenda como la del Santos Vega del poema: sombra melancólica vagan-

do de un rancho a otro. Nuestra familia campesina está reducida a raigones que se mantienen firmes pero sin esperanzas de florecimiento futuro, o bien a trastos humanos. Los descendientes de esas familias están ya para siempre fuera del campo. Es un hecho frecuente y de vieja data en los países en que la industria y el comercio atraen a la gente joven, que es la que más fácilmente puede mudar de sitio. En ese cambiar de lugar, la muchacha campesina tuvo dos posibilidades: o el servicio doméstico o el matrimonio. El matrimonio en general, fué para ella también servicio doméstico. Su medianía, cuando no mediocre calificación intelectual y educativa la obligó a ceñirse a lo que era capaz de hacer, lo que había bien o mal aprendido en la única escuela que frecuentó diariamente: el hogar familiar; escuela pobre, a veces miserable, como para alumnos retardados, pero escuela, al fin. Mejor, siempre, que el campo abierto o el ocio bajo el alero, o a la sombra del ombú. Cuando de servicio doméstico se elevaba a la atención doméstica, entonces el nuevo hogar comenzaba también a elevarse. Desaparecía la moral de servidumbre para ser reemplazada por la moral de la cooperación.

Si nuestra explotación agraria se hubiera asentado sobre bases económicas y sociales progresistas, la familia campesina hubiera sido la familia grande argentina; producción diversificada, industria rural y propiedad de la tierra, hubieran permitido a hijos y padres vivir próximos y asociados. Pero la realidad fué muy distinta, y en lugar del campesino progresista y calificado tuvimos al pueblero ignorante, de baja producción y bajo consumo. La prostitución de varios tipos tuvo su buena fuente de abastecimiento en el lamentable desmoronamiento de la familia campesina, que quedará en nuestra historia como una frustración nacional en la tentativa de superar la terrible asociación de barbarie y desierto.

La familia obrera de las ciudades ha sufrido idénticas penurias que la campesina: salario insuficiente, vivienda pobre. Allá, el rancho; aquí el conventillo o el tugurio. Pero en la ciudad, que crecía en población, industria, comercio, higiene, alimentación, etc, fué posible a los hijos de obreros allegar recursos sin alejarse del hogar; y hasta casarse y vivir bajo el mismo techo, hasta el ansiado momento de la nueva vivienda. La fa-

milia obrera originada, en buena parte, de artesanos europeos, se completó luego con aprendices de fábrica, que fueron adquiriendo calificación, aunque sin poder elevar su nivel cultural y educativo por la falta de escuelas apropiadas. La madre de familia obrera ha tenido una trayectoria similar a la de la familia campesina: sobre ella ha caído el mayor peso del sostenimiento físico y moral de su pequeña comunidad: cuidados al marido y a los hijos, trabajos de la casa, sostenimiento de la economía doméstica. Ausente casi por completo — puede decirse — la asistencia social, la familia obrera recurrió, para subsistir, a su propia asistencia. La mujer obrera, en tales condiciones, estuvo constreñida a ganarse el pan con prescindencia de otras preocupaciones. Su salario fué siempre muy bajo. Atendía su casa al volver de la fábrica, pero le era imposible hacer vida de hogar. El tipo de muchacha de fábrica fué, por ello, característico; su hermana de tareas, la obrera a domicilio, que después de coser sin descanso tenía que llevar su pesado fardo de mercancía para recoger su salario: ¿quién no lo recuerda? El engrandecimiento de las fábricas ha eliminado en gran parte el trabajo a domicilio. La obrera del paquete ya no divide su día entre la familiar máquina de coser y el arreglo de la casa; un mejor salario en la fábrica le permite dedicarse al arreglo físico de sí misma. La casa, como tal, no le atrajo antes; menos le atrae ahora, porque el brillo de la calle y de sus vestidos le marca un fuerte y desagradable contraste. Mientras, los brazos y las piernas de la madre que antes hacían mover el pedal y la rueda, mueven ahora exclusivamente la pesada y complicada máquina de la vida doméstica.

En las familias de clase media y de pequeña burguesía, hasta la primera década de este siglo la mujer permanecía ligada a los trabajos regulares de la casa o al goce de los bienes acumulados en la misma. En la clase media era más bien productora que consumidora; en la pequeña burguesía ocurría lo inverso. Los padres no se avenían fácilmente a que las hijas trabajaran fuera de la casa; preferían soportar la carga, muy fuerte a veces, de la acumulación de hijas solteras en la casa, antes que verlas lanzadas a la aventura, que consideraban peligrosa, de contactos extraños y de una nueva moral que no les inspiraba ninguna confianza. No eran padres cavernarios. O conocían

bien lo que era el mundo fuera del hogar, o lo conocían mal como para no advertir que iba cambiando. Todo ser humano tiene algo de cielo o de caverna, es decir de liberación o de prejuicios; y adquirir o desechar cuesta siempre mucho. Los prejuicios tienen a veces tradición de milenios, y es pueril pensar que unos pocos años o un acto de voluntad son suficientes para borrarlos.

Pero el creciente deseo de más bienes, de más comodidades, de mayor nivel económico y social, que el desarrollo del país iba cultivando especialmente en sus habitantes de las ciudades, hizo que la familia de clase media comenzara rápidamente a incorporarse en su casi totalidad al trabajo asalariado de tiendas y oficinas, a veces de ciertas fábricas — las no consideradas insalubres —, ni deprimentes del punto de vista de su moral de clase. El presupuesto familiar creció como para hacer posible que la madre fuera asistida por un nuevo asalariado: la sirvienta. La variedad de horas de comida, el uso más frecuente de la ropa limpia, el abandono casi total que hicieron hijos e hijas de la atención de la casa, multiplicó las tareas de la madre. La vida de ésta se tornó, desde entonces, gris y difícil; a veces, hasta amarga. Antes trabajaba brutalmente, sin horas de descanso, casi; pero era una persona en el hogar; se la escuchaba, se la atendía; mantenía un mismo nivel con sus hijas mujeres, por lo menos; pero desde que el trabajo asalariado le había arrebatado los hijos, se convirtió en una asalariada más, lo que podríamos decir, con relación a su sirvienta, el capataz de la casa. Salvo cuando el afecto vivo, fruto de un nivel de educación no demasiado frecuente, mantenía en un plano moral los lazos, el plano liso y llano de las relaciones económicas iba convirtiendo a la madre de antes en un puro engranaje de la economía doméstica. El trabajo asalariado para la clase media fué el camino más fácil que se abrió a ésta. Los hijos no tuvieron la culpa del quebrantamiento de esa modesta vida familiar basada en horas de convivencia, y tampoco podían eximir a la madre de las tareas domésticas, pues ambos estaban, y aún lo están, constreñidos a convivir en un sistema que no les permite otra salida. Mucho antes, en la familia obrera se habría producido ese aflojamiento o esa erosión en el trato familiar. El hijo o la hija de obreros, y también de clase media, buscaron la salida de la comunidad doméstica en el matrimonio, no sólo por razones mora-

les y sexuales, sino porque esa comunidad de intereses muy diversos no podía ya constituir la asociación en que siempre se basa la organización y permanencia de una familia.

Debe recordarse que el grueso de la inmigración europea venida a la Argentina no fué de una alta calificación técnica ni intelectual. Del punto de vista humano eran tan dignos como los que poseían esa calificación; pero en la vida social argentina, ese mediano nivel cultural y educativo comenzó a engendrar problemas que pronto se pusieron de manifiesto en la clase media y la pequeña burguesía. Hijos e hijas de esas dos clases tuvieron acceso a las escuelas, pues la relativa o real prosperidad económica de sus padres lo permitía; y tuvieron acceso, consecuentemente, a otros núcleos sociales y económicos donde a sus padres les estaba casi vedado rozar. Nuestras clases económicas han sido y lo son de una continuidad sin lagunas apreciables, y se pasa, con frecuencia, de una clase a la otra más próxima. Cada clase no es un estanco. Esto no se debe a que la gente sea aquí más buena o más camarada que en otras partes, sino a que nuestra economía permite cambios. Desde el punto de vista social e histórico no tenemos propiamente clase obrera. La mentalidad de nuestra clase obrera, por ejemplo, es más bien la de una clase media aspirando a pequeña burguesía, pues cree que por el camino del mejor salario, la mejor vivienda, la mejor alimentación está la solución de los problemas básicos de su vida moral y física.

Esos hijos e hijas de la clase media y pequeña burguesía, que tomaron contactos económicos, sociales, culturales, educativos a los cuales no estaban acostumbrados, que les satisfacían mucho más que los anteriores, crearon el conflicto inevitable de los desniveles. Conflicto duro porque repercutía en el lugar de convivencia diaria, donde se habían formado y al cual debían todo lo que habían sido hasta entonces. Entre los padres toscos, de baja productividad con relación al momento económico, y de un mediocre nivel cultural y educativo, y los hijos con mucho más elevado poder adquisitivo, más civilizados, más capacitados y hasta con un poder intelectual que sus progenitores no habían ni soñado poseer, las relaciones familiares se tornaron difíciles. En la familia obrera, el padre artesano y la madre, práctica en trabajos domésticos, en los cuales solían hacer maravillas — pese

al embotamiento del trabajo brutal y del sufrimiento de años —, tenían sobre sus hijos e hijas, el ascendiente de una calificación manual a la cual ni hijos ni hijas habían llegado. La fábrica sólo les daba a éstos, tanto por producir cuánto, sin interesarse si su trabajo los calificaba para formarse intelectual y moralmente; cosa que cuidaba la vieja artesanía, pues era su rango social frente al feudalismo de los terratenientes y señores. Las hijas obreras tenían que reconocer el prestigio materno en la costura y la cocina, o en la enfermería de la casa. Pero en las clases medias y pequeño burguesa los hijos se sintieron superiores a los padres. Como estos hijos adquirirían un nivel cultural y educativo más satisfactorio, no rompieron abiertamente con sus progenitores, pues habían cultivado una moral de consideración hacia ellos, sino que fueron poco a poco dividiendo el mundo de su casa del mundo de lo que no era su casa. En ese conflicto está buena parte de la raíz del conflicto más general entre la casa y la calle.

Los hijos e hijas de clase media y pequeña burguesía se interesaron por mejorar su viejo hogar; trataron de hacer presentables a sus padres a los ojos del nuevo mundo, al cual, ahora, pertenecían. Fué logrado en buena parte con la aquiescencia de los padres, quienes, al fin de cuentas habían logrado a través de los hijos la ascensión a otra clase que siempre habían deseado.

Pero el hogar familiar dejó de ser una cosa viva, de producción recíproca e intercambio recíproco. La obra en común no se continuó; se hablaban distintas lenguas. El rompimiento definitivo, íntimo, pese a la continuación formal y externa, se produce al crecer los nietos, nacidos ya en otro ambiente muy distinto del de los abuelos. Pero es un rompimiento sin estrépito, silencioso, pues los abuelos pronto han de morir. Y así sucede. Están ya muertos en vida; sólo cambian de morada.

Toda tradición familiar se basa en vínculos morales, culturales y educativos, a los que necesariamente debe acompañar una sustentación económica o social. La familia, como unidad económica, puede ser superada; y en muchos aspectos ha sido sustituida por la sociedad o el Estado; como unidad moral tiene un valor del cual no se entrevé de ninguna manera su debilitamiento ni su fin.

Nuestras familias de la gran burguesía y de la cuasi-aris-

toocracia forman sociedades morales, sociales y económicas, y a la vez políticas. En este enfoque político, que no lo tienen las familias de las otras clases nombradas: campesina, obrera, media y pequeña burguesía, es donde reside la capacidad de acción de la gran burguesía y de la cuasi-aristocracia. Dueñas de todo lo sustancial que en la economía nacional pertenece al orden privado, inmuebles, ganado, industria, comercio, bancos; necesitan de un orden político para hacer marchar ese inmenso caudal.

Es por ello que desde antaño tomaron posesión de todo lo que les era posible dentro de la máquina estadual y social, y tomaron decidida participación en formar e impulsar toda organización pública o semi-pública, de fines morales y materiales, desde donde podían actuar como clases dirigentes. Clases dirigentes quiere siempre decir clases políticas dominantes. Y desde sus puntos de acción influyeron en la fijación de los objetivos que debía seguir la sociedad entera. Esos objetivos no se han alterado, pues del predominio de la gran burguesía ganadera, se ha pasado al de la gran burguesía industrial. Continúa siendo clase dirigente la gran burguesía. La cuasi-aristocracia permanece aún intacta, no ha sido reemplazada por otra.

Nuestras familias de la burguesía y de la cuasi-aristocracia han desempeñado el doble papel — si bien limitado — que no han podido ni sabido hacer, las otras cuatro clases nombradas: el encuentro entre la casa y la calle. ¿Cómo? Dando también un contenido político a la familia. Los hijos de grandes burgueses y de aristócratas, con una firme conciencia de clase, se asociaron a sus padres en la obra común de mantener privilegios, ciertamente, pero de mantener algo que les era común. Tales familias constituyen todavía una sociedad jerárquica, donde tales o cuales apellidos — unos, de rango, otros de quantum — tienen casi un poder religioso, aunque ciertamente esté abonado por un poder material que le sirve de antecedente. A ó B todavía siguen siendo más que C ó D. El orden social no ha sido alterado.

Dentro de esta determinación de vida familiar en relación a las clases económicas y sociales de la vida argentina, ¿cuál ha sido el papel de la mujer y qué conclusiones podemos sacar que interesen a su problema educativo?

Factotum en las clases económicas débiles: campesina, obrera, clase media; aliviada de algunas cargas pesadas en la peque-

ña burguesía; con mayor poder sobre sus hijos y allegados que ninguna otra clase en la gran burguesía; y con gran influencia política, social y económica en la cuasi-aristocracia: este ha sido su papel hasta ahora. En el orden económico y social ha repetido dentro de las cuatro paredes y con relación a sus parientes más íntimos, lo que fuera de las cuadro paredes acaecía a estos mismos parientes. Asalariados ellos, asalariada ella; dominantes ellos, dominante ella. El tipo económico y social de familia no puede ser distinto del tipo económico de la sociedad a que la misma pertenece. Lo mismo ocurre con el tipo moral, educativo, intelectual, etc. La diferencia se produce cuando conviven viejos hogares con situaciones distintas a las que los formaron.

Toda nueva generación ha considerado a las cuatro paredes como una limitación a su apetencia de mundo abierto al porvenir o a la aventura. Está en la misma raíz de la vida, la eclosión, la ruptura de algo para comenzar una existencia nueva; en los animales, en las plantas, en la vida cósmica. Pero la necesidad física y moral de cambio no está solamente en la cosa que nace sino también en la que da a luz. Los hijos piensan en sus derechos, en sus reivindicaciones, en su necesidad de más mundo, de cosa nueva, y los invocan áspera o suavemente; pero es muy raro que se detengan a pensar si también sus padres tienen sus derechos, sus reivindicaciones, su necesidad de mundo y de cosa nueva. Y esto es tan cierto y real como lo otro. Ambas partes se ven afectadas por un problema idéntico que cada cual lo expresa y lo resuelve tal como lo comprende o tal como puede y quiere. De un lado y del otro hay comprensión o incomprensión, tolerancia o intolerancia. Ambos son igualmente seres humanos, conviviendo en una entidad mayor con la cual están en acuerdo o desacuerdo. El conflicto es propio de la vida. Pero la vida no muere en los conflictos, sino que, por el contrario, nace, o mejor dicho, continúa.

El hecho, pues, de que las cuatro paredes hayan sido — y continuarán siéndolo — objeto de discordia, no quiere decir que su validez tenga un plazo previsto. Quiere decir solamente que hay un conflicto que debe resolverse. Este conflicto varía de acuerdo a los valores u objetivos de vida que predominen en la familia, y la aceptación o rechazo que de estos valores hagan los miembros que la integran.

Las cuatro paredes tienen ya una tradición que se pierde en la noche de los tiempos. Los seres humanos han tendido siempre a vivir en comunidades o familias. El problema no está en la existencia o no de la familia en sí, sino en el tipo de familia, es decir en su régimen económico y social y en su valor moral, educativo, político.

Cuando la subsistencia de la familia dependía en buena parte del producido de la labor doméstica, sea para el consumo interno o el externo, la mujer tuvo preeminencia en el conjunto familiar. Las viejas casas eran viejos talleres donde se trabajaba y se convivía al mismo tiempo. En los amplios patios se concertaba todo, incluso los nuevos matrimonios. La gran industria y el comercio desmantelaron ese tipo de vida familiar, que fué sustituido por núcleos familiares menos numerosos y económicamente más débiles. El salario de uno, insuficiente, obligó a la mujer a salir fuera de su casa para cumplir, en otras, quehaceres domésticos, por horas o por todo el día, viviendo sola o con el marido. El papel de la mujer en las nuevas familias proletarias quedó reducido al de proveedora, en contacto ocasional con sus hijos, que prácticamente se criaban solos. Cuando de esa nueva generación de asalariados se forma la clase media, comienza entonces la reorganización de la familia del estrato económico inferior. El papel de la mujer en esa nueva familia fué el de convertir en tarea doméstica parte de lo que antes hacía regularmente fuera: trabajo a domicilio para los talleres; o bien costura, lavado y planchado, venta de huevos y aves, repostería. La clase media en formación, repetía, en pequeño, el viejo hogar. Pero el comercio y la industria, en expansión creciente, también hirió de muerte esta nueva defensa de la mujer y de la familia; y ya no le fué posible otra cosa que permanecer en la casa, transformando en mercancía el salario del marido o los hijos y acrecentándolo con su otro salario — casi nunca reconocido — el verdadero "salario invisible" de nuestros casuistas de la economía, fruto de su esfuerzo continuado, duro, largo, en la cocina, junto a la piletta, a la tabla de planchar, a la máquina de coser, al maniquí; fregando y barriendo, haciendo las compras, cuidando los enfermos, vigilando la llegada puntual de los hijos a la escuela o al trabajo. Es la historia, no nueva, de la familia de los bajos estratos económicos. ¿Cómo podía esa mujer desempe-

ñar en su vida otro papel que el de una esclava vergonzante? Su vida doméstica constituía un verdadero suplicio; y lo constituye todavía hoy donde imperan tales o semejantes condiciones.

Creo que la familia argentina necesita de un profundo cambio en nuestro régimen económico y social para llegar a ser, no ya la unidad económica de los tiempos irreversibles del artesano y de la casa taller, sino una unidad moral, cultural y educativa en la cual hijos y padres se encuentren para una obra común, libres ya de muchos conflictos de intereses que hoy perturban y malogran sus relaciones. Pero eso no es fácil, y no depende de factores locales sino generales. La marcha del mundo es la que decidirá el problema, en definitiva. Pero mientras, ¿no hay nada que hacer más que esperar?

Creo que hay algo que hacer. Y este algo que hacer está en el hogar y en la calle.

Las cuatro paredes, el hogar, la vida doméstica suenan muchas veces como el arrastrar de las cadenas. ¿Quién no ha oído decir: "iría a tal parte, haría tal cosa, pero no puedo"? El "no puedo" es la vida doméstica en sus innumerables facetas; y quien habla es la mujer. La mujer dice muchas más veces "no puedo" que el hombre; el hombre dice "no puedo" cuando quiere decir también "no quiero". ¿Podría disminuirse el número de los "no puedo" de la mujer? Podría disminuirse; depende del hombre. El hombre no tendría poder suficiente para cambiar por sí solo y a destiempo las condiciones generales o particulares que dan nacimiento a tantos "no puedo", porque él es tan esclavo del sistema como ella; pero el sistema, aunque severo, le permite ayudar a la mujer en la vida doméstica. Si no lo hace es porque no quiere más que porque no puede. ¿Tiene culpa de esta situación el varias veces milenario origen de la familia monogámica, "fundado en la preeminencia del hombre, a fin de procrear hijos de paternidad cierta" e instituir así el heredero directo y forzoso? ¿Obedece a que esa familia monogámica "fué la primera forma de familia que tuvo por base condiciones sociales y no las naturales" y porque fué también el resultado del "triunfo de la propiedad individual"? Se ha dicho algo más, todavía: que "la primera opresión de clases fué la del sexo masculino contra el femenino" y que "la familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica más o menos disimulada de la mujer"; que

“el hombre es en la familia el burgués, y la mujer el proletario”.

Nada puede objetarse a las conclusiones de que la vida doméstica ha sido una servidumbre para la mujer. Continúa siéndolo en sectores muy extendidos de las clases sociales más débiles económicamente. La servidumbre de la mujer en la casa, bien que agravada con relación a la del hombre, en su trabajo asalariado, forma parte de un régimen general, que incluye a todos. Pero así como la mujer no puede aliviar la del hombre porque está totalmente fuera de su alcance, el hombre, en cambio, puede aliviar la de la mujer.

El desdén del hombre hacia la vida doméstica es más bien cuestión de hábitos físicos y mentales: físicos, porque es más cómodo no hacer que hacer; mentales, porque sin duda la inmensa mayoría de las familias europeas que poblaron nuestro país tenían de la vida doméstica una experiencia negra en carne propia. Si esta inmensa mayoría, en lugar de venir de aldeas rústicas y del campo pobre, hubiera venido de hogares de alto nivel económico y social, nuestra vida doméstica hubiera sido muy otra cosa; como ha ocurrido en los hogares argentinos que provienen de estos últimos de mejor nivel.

Para el común de nuestros coterráneos, la vida doméstica no ha tirado mucho al hombre hacia la casa; todo lo que se ha logrado ha sido más bien por el evidente progreso económico y social del país, que enriqueció la familia y la vivienda y proporcionó comodidades, seguridades y satisfacciones que no se daban fuera. El sueño y el afán por la casita propia acercó más al hombre hacia la cooperación en la vivienda. El hombre se ocupó de pintar la verja, instalar la luz eléctrica, construir el gallinero; pero muy pocas veces cedió a la tarea permanente, de cultivar la huerta o el jardín, o de cuidar el rincón de las aves, por ejemplo. En todo caso se interesaba por el perro. Ni siquiera por el gato, que le parecía un poco femenino. La vida doméstica le parecía una disminución, una ocupación de mujeres. La vida doméstica a ratos, todavía; pero a largo plazo, nunca.

La vida doméstica es una ocupación de todos los seres humanos en tanto estos seres necesitan y usen de este tipo de vida. Y todos los seres que se sirven de ella deben colaborar en su mantenimiento sin otras discriminaciones que las forzosas, co-

mo ser, que no se puede atender la casa mientras se está en el empleo, o que cada uno debe hacer lo que mejor pueda o deba.

Admitamos que el tipo de vida doméstica debe ser superado; que todavía encierra signos evidentes de esclavitud milenaria; pero admitamos también que en tanto esa superación no se produzca y esos signos de esclavitud no sean del todo borrados, el hombre debe colaborar con la mujer en el mantenimiento de ese tipo de vida. Las excepciones que haya, corren por cuenta de los mismos interesados, que deben examinar si el sacrificio o el amor de una, cubre la indiferencia hacia la labor doméstica en el otro. Pero hablamos para el millón, no para las excepciones.

Como siempre, los cambios económicos y sociales imponen normas generales y particulares de vida. Los salarios tentadores de la industria y el comercio han absorbido buena parte del servicio doméstico. Un día u otro el servicio doméstico asalariado desaparecerá; al menos, bajo la forma actual. Se ha intentado la vía de hacer lo menos posible en la casa, reduciendo la vivienda, eludiendo más bien que afrontando el problema; pero por ese lado la solución no es fácil y hasta económicamente difícil. Un día u otro, por lo tanto, el antidoméstico recalcitrante tendrá que ceder a la realidad, y el delantal y el repasador, la tabla de planchar y la pileta habrán perdido el estigma con que hasta hoy se aparecen ante sus ojos, acostumbrados al papel de escribir, a la máquina de cálculos, a las gigantescas instalaciones de la fábrica, a las deslumbrantes mercancías del comercio, a los presuntuosos escritorios de oficina. Comenzará a aprender así, que el problema no está en borrar de su conciencia lo doméstico, sino en la necesidad de llevarlo a un nivel parejo con el de las demás formas económicas, sociales, culturales y educativas, que pueden darse fuera de las cuatro paredes; como el problema tampoco estaría en suprimir la familia y el hogar, sino en llevarlos a esos mismos niveles.

Podría preguntarse: si todos los grandes cambios de la vida doméstica van a depender de grandes cambios que vendrán de afuera, y si hasta la crisis del servicio doméstico asalariado proviene de una situación externa, ¿para qué interesarse por

la vida doméstica y no dedicar más bien todo el esfuerzo a la modificación de las condiciones generales?

Para un estricto planteo político la respuesta no podría ser otra que: primero, las condiciones generales; y como consecuencia las particulares. Pero mientras se piense que el ideal social no debe estar basado en la injusticia y la opresión sino en la justicia, la cooperación y la igualdad económica y social, los ideales educativos no deben estar en pugna con los ideales sociales y políticos que se abracen. Si en la vida doméstica la mujer es una esclava y no podemos modificar las relaciones generales, alíviesela, entretanto; con lo cual, además, se hacen entrar en función los principios educativos que se consideraban humanos y justos.

Este sería el planteo ideológico, político y moral. Pero hay algo más, todavía. La vida doméstica ofrece al hombre — y desde luego a la mujer — oportunidades para educarse que no le dará la fábrica, el comercio o la oficina. La vida doméstica y el hogar son un pequeño mundo — insuficiente como mundo total — pero suficiente para experimentos y creaciones valiosas. Las 16 horas de trabajo normal de la vida doméstica — el doble de las ocho clásicas por la cual pasaron a la historia los ajusticiados de Chicago — son un capítulo vivo, incomparablemente más vivo que el trabajo del marido, del hermano o del hijo. El trabajo doméstico es un microcosmos en el que se aprende a valorar lo pequeño de apariencia pero grande en sus consecuencias y su sentido; se conoce, así, lo que significa un proceso, lo que dura y lo que ha de producir. La mujer descubre más las intenciones y es más intuitiva porque está habituada a observar y valorar. Sabe del estado económico de un país más que el común de los hombres, porque todos los días, en el mercado, en las tiendas, recoge una comprobación que el marido sólo puede conocer directamente por la lectura de los diarios. Sabe de los hijos más que el padre. Y esa suma de observaciones, prolija y sostenida, agrega una gran cosa más: esa gran cosa más que elevó desde los tiempos primitivos al propio hombre: la educación de la mano. No la educación de la mano para una sola cosa, como ocurre con el trabajo del hombre — normalmente — sino la educación para todo. Cualquiera que sea el nivel intelectual del hombre o la mujer, la

educación de la mano lo eleva siempre, pues además de proporcionarle un equilibrio físico indispensable, del cual luego el pensamiento cobra nuevos impulsos, le permite expresar por la mano un nuevo mundo de hechos y de pensamientos que no se hubieran de otro modo despertado. El niño, el joven y el hombre, auxiliando en las tareas domésticas, prestan un servicio social indirecto, y ayudan, a su vez, al desarrollo de su educación humana.

En el capítulo de la educación de la mano la aguja ha desempeñado un gran papel. Ha sido el primer instrumento de precisión de que se valió la mujer; su primer gran herramienta. Más tarde le sirvió para producir bienes de cambio; adquirir dominio físico sobre el hombre y librar la primera batalla económica como nueva asalariada. La civilización le debe mucho a la aguja; arte y literatura; industria, comercio; amor y odio; ambición o desesperanza han sido hilvanados y deshilvanados con la punta acerada de la más fina arma de combate. Si el sable tiene categoría en la historia humana, no le va en zaga la aguja. El amor y la industria bien lo saben.

¿Y qué no decir del fogón, el otro símbolo de servidumbre doméstica? La mujer junto al fogón o inclinada sobre la costura de su rápida aguja no han sido escogidos como ideales; más aún: se las ha señalado como ejemplos amargos de vida sin esperanza.

Yo creo que todo lo que elimine — en la mujer como en el hombre — una penuria, debe ser bienvenido; y si hoy se puede cocinar dando vuelta la llave de la corriente eléctrica en lugar de acarrear leña y atosigarse con el humo, o vestirse sin dar una puntada, quienes así se benefician han de estar justamente muy satisfechos del cambio, ¿pero está la solución en arrasar con la vida doméstica y disminuir en todo lo posible el tamaño físico y moral de la vida de hogar, por el hecho de que ambas encierran todavía una gran parte de servidumbre?

La solución no puede ser ésa. Equivaldría a abominar de las sociedades humanas porque las actuales y las pretéritas no están o no estuvieron bien constituidas; de todas las creencias porque algunas o la mayoría embrutecen al hombre; de todo arte, de toda técnica, de toda política, porque tales o cuales

signifiquen un largo paso atrás. La solución está en hacer servir cada uno de los instrumentos para un nuevo destino. Hasta las cadenas, cuando aprietan las muñecas de los tiranos o se ponen al servicio del genio creador del hombre son instrumentos de progreso, de conquista, de liberación.

III. — LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD

Las agrupaciones humanas no han sido idénticas en todos los tiempos y lugares. La condición económica ha desempeñado un primer papel para fijar su tipo y su número. Variadas las condiciones, han variado las agrupaciones. La familia no podía escapar a esta regla. Ha tenido que ser así, porque la familia no tiene origen divino sino humano, y la condición económica ha sido siempre fundamental para existir y subsistir. Economía nueva, familia nueva. La economía basada en la explotación agrícola-ganadera o el artesanado, de cambio lento y difícil, ha permitido sólo duros y escasos cambios en la base familiar. Lo contrario de una economía basada en industrias de gran desarrollo. Mientras en el primer caso campesinos y artesanos encuentran más conveniente para su economía personal el vivir en familias compuestas y numerosas (abuelos, padres, hijos, nietos, etc.), cohabitando bajo el mismo techo, comiendo a la misma mesa, asociándose a la misma tarea, en el segundo caso, la facilidad de encontrar trabajo variado y en lugares distintos, transforma la familia compuesta en familia simple (padres e hijos); e incluso los hijos pueden independizarse económicamente de los padres en la flor de la edad, mientras que artesanos y campesinos siempre lo hacen tardíamente, o nunca.

En la Argentina, en tanto predominó en el orden nacional la economía agrícola-ganadera, el artesanado y la pequeña industria, el tipo medio de familia era el de abuelos, padres, hijos y nietos. No todos los hijos e hijas casadas, ni los abuelos de las dos ramas convivían; siempre había un margen para el que prefería rancho aparte. Pero la estrechez económica de cada cual inducía al contrato-verbal colectivo. Con el creciente desarrollo industrial, que primero llevó a la mujer a la máquina y luego al mostrador u oficina de la gran fábrica, las hijas

solteras disminuyeron, los hijos solteros se independizaron; la "familia ómnibus" quedó circunscripta a las clases pudientes, donde hijos e hijas encontraban más ventajoso vivir del dinero de los padres que lanzarse a la aventura de un empleo que generalmente se consideraba una disminución de jerarquía social, y quedó también circunscripta a las clases económicamente más débiles, que no podían subsistir si la mayoría se independizaba.

En las familias compuestas, son siempre un hombre y una mujer los que se unen, como en las familias simples, pero en aquéllas el marido y la mujer entran en una sociedad mayor que les proporciona beneficios, si bien que les impone cargas. El varón de antes, al entrar en una casa donde había varias mujeres solteras, se casaba, como el de ahora, siempre con una, pero tenía que prever que su familia no comenzaba con ésta sola, sino con una comunidad. Y así, frente a un medio económicamente más hostil que el de hoy, tenía que colaborar con sus suegros en el alivio del presupuesto comunal, ya sea mediante el trabajo doméstico o a domicilio de las más capaces, ya mediante el matrimonio de las menos capaces. La vieja práctica de los espartanos de abandonar en el monte Taigeto a los que físicamente prometían poco o nada, tiene una raíz común con esta práctica, piadosa en apariencia, que acabo de mencionar. Hoy, como siempre, los hombres conviven o no conviven en la medida de sus intereses.

Es por esto que para elevar moralmente al hombre, a la familia, a la sociedad, es necesario elevar la relación de intereses en lugar de perseguir vanamente su anulación. En tanto los conflictos económicos repercutan hondamente en la vida de una sociedad, y en consecuencia en las agrupaciones menores que la constituyen, la moral de esa sociedad estará interferida por esos conflictos. Economías despóticas crearon clases despóticas y familias y hogares del mismo tipo; economías que fomentan la formación de grandes masas asalariadas, las más débiles económicamente en el conjunto social, fomentan también la formación de familias donde el papel de sub-asalariado lo representa el más débil económicamente del conjunto, es decir, la mujer. Economías de amplio contenido social en

que predomine la cooperación, formarán también familias donde la cooperación sea la norma. Intereses en conflicto, convivencia en conflicto. Intereses en cooperación, convivencia en cooperación.

La familia, el hogar han sido atacados o defendidos, en primer término desde el punto de vista de estos intereses; en segundo término desde el punto de vista de la moral de estos intereses. Los intereses, primero; la moral, después.

Las viejas familias compuestas, de intereses muy entrelazados, han encerrado consecuentemente, conflictos muy entrelazados. Cada casa era todo un mundo, moral y económico. En ese mundo se salvaban unos, pero se ahogaban otros. La mujer sufría más que el hombre. El hombre se resignaba a rumiar su pesadumbre; la mujer, su dolor. Hasta que venía la edad proveya y el comienzo de la insensibilidad, en que todo daba lo mismo. Habían llegado a abuelos o bisabuelos. Económicamente cero, moralmente cero o casi cero. Hoy en día hay una inmensa cantidad de abuelos y bisabuelos que podrían representar mucho desde el punto de vista económico y social si la educación de adultos fuera una preocupación extendida como la de la instrucción elemental a los niños. Pero a nuestro sistema de explotación económica le interesa solamente el hombre y la mujer que pueden llegar o que han llegado a su plena capacidad física e intelectual. Lo demás lo dejan reservado al cuidado privado de cada familia o de la asistencia social. Si esto ocurre, bien; si no, paciencia. El mundo de la ganancia y la pérdida educa para la ganancia y la pérdida. A ese mundo le interesa el hombre en tanto éste le dé lo uno y le evite lo otro; le interesa la familia y el hogar en tanto ambas, por el simple hecho de su constitución, obliguen a los miembros que las constituyen a más deberes y en consecuencia a más servidumbre. El hombre con familia tiene menos libertad para exigir y protestar que el hombre sin familia. La familia, el hogar no son la causa de esa restricción sino las condiciones sociales, económicas y políticas que no le permiten al hombre decir lo que debe decir, hacer lo que debe hacer.

En las familias donde la mujer ha sido o es la esclava doméstica la posibilidad de exigir y protestar se ha visto muy

reducida; lo puede hacer, pero con escasos resultados; de ahí el silencio, esa resignación sin conformidad, que con tanta frecuencia hemos visto y vemos en el semblante de muchas mujeres. El orden del hogar es, en pequeño, el orden social, moral y económico reinante. Este último orden debe cambiarse primero si se aspira a la modificación del del hogar.

En nuestro medio nacional, con un fuerte acento todavía de economía agrícola-ganadera que no permite multiplicar por diez la población sino por dos, a lo sumo, la vida de familia y de hogar no ha sufrido profundos cambios en su base. Si bien el desarrollo del comercio y la industria ha hecho posible que la muchacha soltera contrajera matrimonio con más libertad y frecuencia, y tuviera su casa independiente con más facilidad que antes, al final no ha hecho otra cosa que reiniciar en su nuevo hogar los mismos problemas que a ella se le planteaban con sus padres y que ahora los ve planteados con respecto a sus hijos; esta vez con mayor frecuencia, aunque quizás con menos violencia, por haberse acostumbrado a que las cosas son así. ¿Debe deducirse de ello que es natural que los vínculos familiares y hogareños disminuyan de significación y valor frente a la dura necesidad de ganarse la libertad y la vida? Sí: es natural en tanto la libertad y la vida se encuentren amenazadas por la persistencia de los vínculos familiares y hogareños, pero no es así —o no será así— en tanto éstos vínculos puedan ir asentándose en una comunidad de intereses con los cuales no estén en contradicción. El hecho de que la inteligencia humana sirva en un período dado para fomentar la miseria, la ignorancia, la corrupción, el crimen, no significa que debamos abjurar de ella, sino que hay que ponerla al servicio de la elevación moral, social y económica del hombre; producido lo cual la inteligencia cobra un sentido de liberación que le era desconocido.

Sería absurdo pretender que en un mundo de cambio el hogar no cambiara. Como también pretender que el cambio en el hogar de los países fuertemente industrializados, de paso rápido, fuera el mismo que en el nuestro, que tiene todavía el paso lento de la vaca, símbolo de su economía. Para cada tiempo y cada economía, un tipo de hogar.

La tendencia a la familia simple es una vieja aspiración, que se cumple en la medida de lo posible. Se va saliendo, en general, en unos lugares mucho más rápidamente que en otros, de la familia-tribu, de la familia ómnibus, para llegar a la simple; marido, mujer, hijos; y se está avanzando en el sentido de que los hijos, al adquirir mayor capacitación en edad más temprana que los padres, y hallar en el medio social más oportunidades que las que tuvieron sus progenitores, limiten la extensión de esta familia simple hasta reducirla a la pareja; y aún así, existiendo en cada miembro de la pareja posibilidades físicas y económicas para desempeñarse aisladamente y no sólo en conjunto, la familia sufra una alteración más. Todo esto coexiste hoy, pero no sentimos el contraste porque no vivimos sino solamente un aspecto del mismo. En nuestro medio nacional, el tipo de organización social y económica da predominio a la familia simple de padres e hijos; le sigue el tipo de familia compuesta; en último término, el de la familia reducida a marido y mujer, o compañero y compañera, producida ya la segregación de los hijos. Como las posibilidades sociales y económicas para familias independientes todavía se mantienen, aunque no tanto como para dar a los hijos en edad temprana la llave maestra de su independencia económica, es presumible que el tipo medio de familia simple continuará predominando. Es, pues, sobre esa base proporcionada por la realidad económica y social sobre la que puede hablarse más en cuanto a la educación de la mujer dentro de la vida de familia y de hogar.

Sin la mujer no habría vida de familia ni de hogar. Ella es el punto de fijación de una comunidad, grande o pequeña. La economía agrícola, la primera economía de radicación, fué regida por la mujer. Aunque más no sea que por un momento, el momento estricto de dar a luz, como en la vida campesina de tipo primitivo, la mujer se detiene. El hijo la clava. Si en lugar de acogerlo en su seno, como hasta ahora, mecerlo y atenderlo durante meses —o años— con preferencia a toda otra cosa, o por dedicación exclusiva, una sociedad futura la exime de esa tarea —dura pero no amarga— lo dirá el tiempo; y también dirá qué se ha conservado de todo lo que hasta ahora todavía se hace. Pero estamos en tiempo presente; y

las condiciones del medio y del tiempo afirman más en la mujer que en el hombre la necesidad de construir un refugio para el ser que ha nacido. El refugio, con los años, puede convertirse en cárcel, pero el sentido de su creación no es ése.

La mujer sufre un gran cambio a partir de la maternidad. En el hombre el cambio nunca es tan profundo; no ha sido en carne propia. La carne propia es la gran maestra. El cambio principal de la mujer es el cambio de objetivo; la madre, normalmente, sustituye a la mujer. La desposeída de antaño tenía en el hijo una cosa propia; y se aferraba a él como única salida, ya por su insatisfacción en el afecto del marido, ya para la solución de su vida en los años de vejez. Lucha dramática de la cual le quedaba al final, como presa, solamente unos jirones. La fatal independencia del hijo terminaba con todo. Primero, el marido; después, el hijo. Nada más natural, frente a este campo circunscripto, que la mujer aspirara a otros objetivos, y a hallar en la vida una cantidad de compensaciones equivalentes a las que permitían al hombre encauzar su existencia sin conflictos de forzosa solución dramática. La vida de hogar y la vida de familia fueron por ello, justamente, consideradas como ergástulas para muchas mujeres, que buscaron en el trabajo fuera del hogar o en la soledad el camino para vivir menos amargamente.

En condiciones económicas más favorables a la mujer, el cuidado de la maternidad le ha proporcionado mayor número de satisfacciones; pero siempre, en el balance, las preocupaciones y los desengaños han durado más que sus antítesis. ¿Es sólo propio de la maternidad? No: es propio de todo hecho y de toda acción humana en la cual pongamos buena parte del peso de nuestra vida.

El problema de si el centro de la vida de la mujer es la maternidad, cobra mayor interés cuando a la mujer se le puede ofrecer, o ella puede conquistar, nuevos centros de actividad que ambicionaba o de que carecía. Podría plantearse el problema no sólo con respecto a la maternidad, a la familia, al hogar, pues la mujer ha tenido otras preocupaciones además de éstas, pero se escogen aquéllas como tesis para la contradicción, porque de la mujer esposa o madre y de sus adyacencias está lo que hasta entonces o todavía, constituye un obje-

tivo central. Para una muchacha de la economía rural, el matrimonio era una salida, un paso hacia arriba y adelante; el hijo, una esperanza de futuro, el compañerito en sus largas y pesadas horas de silencioso trabajo doméstico. La realidad, el curso de la vida, podría depararle otra cosa; pero marido e hijos representaban esos puntos de partida. Para una muchacha de la economía fabril progresista y diferenciada, el matrimonio y el hijo son cosas de pensar; se desean, pero se meditan. Para una muchacha de economía floreciente que tiene ya satisfacciones educativas, profesionales, culturales, sociales, el matrimonio y el hijo se desean lo mismo, pero no son un punto de partida sino de entrada. Sabe que en lo sucesivo no podrá hacer tal cosa que antes hacía. Reducir a un común denominador el matrimonio, la familia, el hogar, es imposible. Para las diversas clases económicas y sociales tiene matices y hasta soluciones muy distintas. Pero el hecho es que en el planteo del problema de la familia y del hogar se concentra buena parte del planteo humano de la sociedad que se desea con relación a la sociedad que se vive.

Si nos encontráramos frente a reales posibles o inmediatos grandes cambios de nuestra estructura social y económica, todo lo que se dijera respecto a la vida y educación de la mujer en el hogar y fuera del hogar, en la familia y fuera de la familia, tendría que estar condicionado a esa nueva o previsible situación. Así sintieron y pensaron en su momento, en otros países, quienes de la interpretación de la hora que examinaban y vivían, sacaban conclusiones, ratificaban o rectificaban conclusiones anteriores sobre el mismo problema. Pero no podemos llegar a la solución de un problema con el planteo de una situación distinta. La vida económica y social argentina alimenta y organiza un tipo de familia en el cual se considera como desideratum que la mujer casada no tenga necesidad de trabajar fuera de la casa, sobre todo cuando tiene hijos. No se trata de un ideal sino de una realidad. Con ello el marido no pretende recluir a la mujer para que no piense más que en él y la casa; es que el tipo de economía media familiar se salva mejor si la mujer atiende la casa y el marido trabaja fuera de ella, que si la mujer abandona la casa para ganar un salario inferior a su salario invisible de cuidadora domésti-

ca. Salvo cuando la mujer puede alcanzar un salario elevado, como ocurre, por ejemplo, con la mujer profesional, es posible encarar como conveniente el trabajo de los dos fuera de la casa. Cuando los ingresos que proporciona el marido son insuficientes, la mujer subsana esto, si puede, con más trabajo doméstico y a domicilio, convertible en salario; pero cuando otros miembros de la familia —como ser los hijos— hacen aportes que cubren el presupuesto, la madre vuelve al trabajo doméstico de servicio familiar exclusivamente. Puede ocurrir que los hijos y el marido traten de librar cuanto antes a la mujer de una doble carga, pero en general no son sentimientos humanitarios sino de buena administración doméstica. Los sentimientos humanitarios pueden manifestarse incluso en el período de la doble carga, cuando marido e hijos, cumplida su tarea del salario extra-doméstico, compensan a la mujer o a la madre del esfuerzo doble de ella con su cooperación en las tareas domésticas que ella sola no ha podido cumplir.

El hecho, pues, de que la mujer se haya concentrado en la casa tiene una explicación económica muy atendible; como el hecho de su concentración en la familia y el hogar, derivada de la maternidad y de las condiciones en que ésta puede desenvolverse. Es en estos puntos donde reside el nudo del conflicto en la educación de la mujer.

¿Debe la mujer colocar en un primer plano su propia vida familiar y de hogar, o bien posponer éstos ante las crecientes demandas de la vida pública? ¿Qué prefiere la mujer? ¿Qué puede hacer la mujer?

Si observamos el desarrollo de nuestra comunidad nacional, veremos que nunca ha habido reglas absolutas, ni para el hombre ni para la mujer. Tales personas, quizás muchas, habrán podido decir: la casa; o bien: la calle; pero lo que ha determinado la mayor o menor participación de la mujer en una u otra, han sido las necesidades permanentes o transitorias a las que se ha visto obligada. Todas las casas dan a la calle, directa o indirectamente. La vida nunca es "todo o nada". Aún los escépticos han creído, los misántropos se han mezclado a los demás hombres, los egoístas han sido generosos y los esclavos se han liberado de algunas cadenas, conservando celosamente otras. La mujer, como el hombre, tienen

que vivir y actuar de acuerdo al momento y las necesidades que les toque vivir y a las oportunidades en que puedan actuar. La mentalidad de la mujer de los tiempos modernos no es la de los tiempos primitivos, pero también los tiempos son diversos. Cuando el hombre y la mujer se lanzan a la calle es porque en ese momento la calle es la que puede definir el curso de su vida o de ese momento. Y deben hacerlo. Como cuando se concentran en el hogar, o en el trabajo, o en el estudio, o en otro tipo de lucha o de tarea. Las condiciones son siempre las que determinan los actos. Ahora bien: dado el tipo de economía nuestro, en el que lo llamado social no está realmente en manos de la sociedad y en el que lo privado todavía tiene mucha fuerza, la familia y el hogar tienen más oportunidades para influir en la marcha de la vida de la comunidad que la propia calle. Si la mujer de familia por ejemplo, suspendiera su trabajo doméstico y esto se hiciera general, aunque sólo fuera por escaso tiempo, las consecuencias de esta paralización serían mucho más sensibles e importantes que la paralización de todos los servicios públicos por igual período. La vida doméstica tiene una importancia incalculable en los regímenes de economía privada. ¿Cómo esta vida doméstica no va a influir también en las costumbres, en los vínculos, en la organización social, en los ideales de una comunidad?

La vida doméstica, la familia, el hogar no son sistemas y construcciones vetustas de por sí; envejecen o se mantienen frescas, en tanto envejecen o retoñen las condiciones sobre las cuales están apoyadas. Estas condiciones, en nuestro medio nacional, no acusan signos de alteración o decadencia. Por eso interesan al plano educativo.

Al tener que enfrentar la mujer la vida doméstica, ya sea en el hogar en que se ha formado como en el que pueda formar, no debe eludir su preparación, su capacitación en las tareas de ese tipo. Tampoco la debe eludir el hombre. Nunca se debe eludir conocer a fondo el medio en que se está obligado a actuar. Es así como el hombre fué elevando su penosa condición humana. Si los primitivos hubieran rehusado ejecutar tareas pesadas con elementos pobres, no hubieran adquirido destreza, ni ingenio, y su misma inteligencia no hubiera sido un paso inicial para una más desarrollada.

Lo mismo en cuanto a la vida de familia y de hogar: si ambas constituyen puntos centrales y cardinales de nuestra sociedad, lo conveniente desde el punto de vista educativo no es desinteresarse de ellas, sino interesarse profundamente, tanto para la educación de nuestra persona y como experiencia social más a mano, como para cultivar los puntos de contacto que pueda haber entre la casa y la calle. Si creemos que la familia y el hogar no pueden ser unidades aisladas y cerradas sino coordinadas en un sistema social, el camino para esa coordinación debe partir de sus puntos concretos de apoyo, es decir de los núcleos familiares, y no de una abstracción imaginativa o verbal. La realidad nacional no está constituida por vastas comunidades sino por pequeñas familias. Y si bien el curso de esa realidad va a depender de factores no dominados por los núcleos familiares, sino de factores de amplio contenido social y seguramente internacional, es muy conveniente estar preparado para cuando esos factores entren en juego. Hay que interesar a las familias por la cosa pública; hay que hacer comprender que lo público y lo privado son caras de un mismo cuerpo. Pero una vez fijado esto y ganado, si es posible, el pensamiento y la voluntad, atender también lo familiar, no sólo porque es una realidad imperiosa e inmediata, sino porque el camino no es el de aguardar o preanunciar los conflictos gigantescos y decisivos, sino consiste en atender la suma de conflictos menores que un día desembocarán en el conflicto máximo.

La familia, el hogar y el matrimonio han sido el blanco de la crítica y de condena de la gran mayoría de los pensadores progresistas. Los han juzgado —no sin razón— como una de las expresiones típicas de la opresión de clases. Los juicios han variado desde la lisa y llana abolición de esas instituciones, todavía de servidumbre, hasta su transformación en instituciones económica, social y moralmente libres. Entre los dos extremos, el último es el que se ajusta al pensamiento dialéctico, al pensamiento que busca las soluciones a través del desarrollo del proceso y no en el salto ilusorio de una realidad concreta a una proposición abstracta. La familia, el hogar, el matrimonio deben liberarse de las condiciones económicas y

sociales que los degraden. Una vez ocurrido esto, se podrá saber si todavía prevalecen como formas sustanciales de asociación humana. Pueden variar las formas y los nombres; lo que debe interesar a la humanidad es la liberación de todas las servidumbres y el desarrollo de una moral que también la libere.

Este interés por la vida familiar y doméstica no puede confundirse con el interés político de un retorno y un encierro en la vida de hogar. La moral de las dictaduras es una para todo; lo hemos visto en la pasada guerra: se predicaba la vuelta al hogar como consejo idílico, y simultáneamente se perfeccionaban y multiplicaban los campos de concentración. El nazismo y el fascismo no estaban enamorados del hogar, de la familia y de la vida privada, pues violaban la correspondencia, invadían los hogares, dispersaban o eliminaban sus miembros; hablaban del hogar porque era la cosa más a mano como lugar físico de encierro; porque no querían que la gente pensara públicamente, y si no lo querían en cuanto al hombre, tampoco en cuanto a la mujer; y porque necesitaban carne de cañón para el año equis, y era conveniente estimular a la mujer para que se dedicara a engendrar y criar hijos. ¿Pero vamos a basarnos en esa realidad y decir que esa es la única realidad, que no hay que tener hijos, ni casa, ni familia porque los enemigos de la libertad humana han querido todo eso para sus planes de eterna servidumbre?

Sé que no se piensa esto, pero a veces se habla como si se pensara. La vuelta al hogar de la moral de los campos de concentración no es idéntica, ni mucho menos, a la moral que aconseja realizar la vida de familia y de hogar, sin escamoteos y sin reticencias, como momento de un proceso hacia una sociedad mejor. No es una vuelta al encierro del hogar sino una realización del hogar. No es un punto de entrada sino un punto de partida. Cuando la mujer sienta que sus familiares más próximos comparten enteramente, físicamente, sus preocupaciones y tareas en la casa que tiene ineludiblemente que atender, entonces se sentirá realmente liberada. Lo que más humilla a la mujer en su trabajo doméstico no es el trabajo doméstico en sí —eso la agobia— sino el desdén de sus familiares para con ese trabajo y el plano moral inferior en que ella se siente colocada frente al plano superior que instituyen ma-

rido e hijos con sus tareas no domésticas. Ningún trabajo es en sí humillante; lo es solamente por las condiciones morales y sociales que su ejecución encierra.

Con la gran demanda de brazos femeninos en el comercio y la industria la muchacha de la máquina de coser cedió en número e importancia a la muchacha de la máquina de escribir. Se prefirió esto último por ser menos penoso, porque abría a la mujer una vía para entrar en contacto con el medio ambiente; porque el salario podía ser mayor y porque socialmente la costurera representaba mucho menos que la dactilógrafa. ¿Tenía la máquina de escribir más categoría económica y social que la de coser? En sí misma no la tenía, pues ambas eran instrumentos bien calificados dentro de la producción industrial moderna. ¿En qué consistía la diferente valoración social? En que la máquina de coser simbolizaba un momento económico y social que debía superarse, y la máquina de escribir el momento en que esa superación —aunque limitada— se producía. A la máquina de escribir también le llegará su turno y las dactilógrafas del futuro sentirán lo mismo que las costureras del pasado. La máquina de coser fué también en su tiempo un paso adelante en la tentativa penosa y lenta de la elevación económica de la mujer. Los instrumentos como las instituciones privadas y públicas, de que el hombre y la mujer se han valido como actividad normal para su existencia y convivencia, hay que juzgarlos con relación al momento de esa existencia y convivencia, bien que tengamos que hacerlo con las ideas de nuestro tiempo.

Se ha descrito a la mujer dedicada preferente o exclusivamente a la vida de hogar como una máquina de hacer hijos, como enfermera y guardiana de la casa; como una mujer inferior, en definitiva, a la mujer que preferente o exclusivamente se dedica al trabajo en la fábrica o la oficina, a la profesional o intelectual. Es cierto que la vida de familia y de hogar, tal como ha podido ser realizada hasta ahora, limita y deprime la vida de la mujer. De una mujer llena de ilusiones sale frecuentemente una mujer llena de desilusiones. Podría parecer, entonces, que la solución está en dar más desarrollo a la vida de fábrica y de oficina, la profesional o intelectual, que a la familiar y doméstica. Si tal cambio fuera posible mu-

chas mujeres ligadas al trabajo doméstico lo preferirían, y habría pues, que admitir que la vida familiar y doméstica tiene sus horas contadas. Pero el marco de la sociedad actual no permite la total trasposición; permite solamente un cambio de condiciones, acaso de número, que se reduce a mejorar las condiciones del trabajo doméstico, suplirlo en parte por intervención de la industria, llevar más cantidad de mujeres al comercio, la industria, las profesiones, las actividades sociales remuneradas. Todo esto se hace y se hará no para liberar a la mujer de servidumbres, sino para sacarle mejor provecho u obtener más beneficios. Si la mujer de hoy no amasa el pan de la familia, no es por bondad del panadero, sino porque en la casa resulta imposible prepararlo y el panadero hace su negocio. ¿Ha significado el reemplazo del horno familiar por el horno industrial una liberación de la mujer? No: dejó de hacer el pan para hacer otra cosa, acaso más servil que aquélla. Las servidumbres no tienen su apoyo en los objetos, en los procedimientos, sino en su sentido moral, en el sistema social, económico y político que integran. En una sociedad libre habrá familia libre; en una sociedad de servidumbre la familia es fiel espejo de esa servidumbre. El desideratum sería que tanto el hombre como la mujer fueran libres, absolutamente libres dentro de lo relativo de las apetencias humanas, para elegir entre la casa y la calle. ¿Es verdad que todos, absolutamente todos, prefieren la calle, detestan la vida doméstica, subestiman el matrimonio, consideran una antigualla la familia? Sería demasiado afirmar. Pero aunque el sentir íntimo de la mayoría fuera ése con respecto al mundo de su experiencia, ¿podría afirmarse que en su paso al día de mañana juzgará de la misma manera esas viejas formas y no se atreverá a tomarlas para darles un nuevo contenido?

Yo me inclino a creer que esas viejas formas, que por algo con variantes ligeras o profundas han resistido los siglos y los milenios, no son inútiles, y que el problema de fondo es un problema de contenido y de destino. Por eso mismo, porque es preciso colaborar para que se vaya dirigiendo la mirada con un nuevo enfoque, es por lo que creo que si la familia, el hogar, el matrimonio, la vida doméstica, tienen cosas muy graves y adolecen de los vicios de que adolece la sociedad en-

tera, no se les debe volver la espalda hasta que llegue el día de la liberación, sino ir desarrollando sus puntos de contacto con el medio social, ir atenuando sus limitaciones y sus servidumbres.

¿Podría, pues, considerarse como un acto de emancipación de la mujer su despreocupación por la casa y la familia, por el hecho de que ella —sobre todo la muchacha— piensa que nada tiene en común con ese pasado? No podría considerarse como un acto de emancipación; ni siquiera por el hecho de que esa muchacha lucha en la calle, en las asociaciones, acaso en los partidos para que la servidumbre de todos los hogares y todas las familias sea abolida. Esa muchacha hace muy bien en pensar y querer que todas las servidumbres sean abolidas; y no dudamos de su sinceridad; pero su pensamiento y su sentimiento ganaría en elevación moral, en fuerza física, si al mismo tiempo ayudara a aliviar la servidumbre que la ha formado, la servidumbre de una compañera olvidada: su propia madre.

La vuelta al hogar hecha con pensamiento progresista y nunca restrictivo, no es la vuelta al encierro. Nadie puede encerrar cuando las puertas permanecen abiertas para todos, menos para la madre y el padre, que están obligados a soportar el peso de su mantenimiento. Ellos no culpan a sus hijos, porque saben que sin su sacrificio o su perseverancia esos hijos no llegarían tan lejos, como en realidad llegan normalmente con relación a sus padres. Los padres saben que hay un sistema de relaciones económicas y sociales que les impiden vivir de una manera distinta, pero saben también que todo se perdería si dejaran caer de sus manos el único instrumento aprehensible: su familia, su hogar, con el cual se levantan y avanzan. Esa es su vida y su labor cotidiana; la atienden, la prosiguen, aunque sin olvidar que algún día tanto esfuerzo combinado puede ayudar a traer los grandes cambios. Los grandes cambios no vienen de improviso y en bloque: vienen de todas partes y con el correr del tiempo. La vida social y familiar del mañana recogerá lo mejor que se haya producida en la vida social y familiar de hoy. Es por eso, también, que hay que producirlo.

La mujer que estudia y que trabaja fuera de su casa se

considera superior a la mujer que simplemente trabaja en el hogar. La razón es obvia; de la mujer que simplemente trabaja en el hogar ha salido normalmente la mujer que estudia y que trabaja fuera del hogar. El sacrificio y la dedicación de una ha servido para la relativa liberación de la otra. De los dos planos, uno se interpreta de elevación, el otro, disimuladamente, de servidumbre. Esta servidumbre es el estigma del hogar. Lo espantoso de la convivencia familiar es que se tiene conciencia de esta servidumbre y no se hace casi nada por mitigarla ni superarla. La mayoría de los de la casa ni la mencionan; es tabú, pero en un sentido inverso, porque el objeto tabú se sentiría feliz de que se aproximaran y se unieran a él. Todos se sientan a la mesa; todos duermen en camas tendidas; todos cambian su ropa. ¿Alguna vez llega a su conciencia si esos beneficios se amasan por algún otro, en una servidumbre más llena de reproches que de recompensas?

La vida matrimonial como la vida de hogar han tenido para la mujer más tristes augurios que para el hombre: "Serás la sierva de tu marido", "Perderás tu empleo", "La casa te atará", "Triste profesión vas a escoger con el matrimonio", "Mecerás la cuna, revolverás la olla", "Aborrecerás a tu marido, te odiarán tus hijos", "La maternidad será la tumba de por vida", "No cometas el crimen de renunciar a ti misma", "Líbrate de las cadenas del sexo", "Vence tu sentimentalismo, sé una mujer libre y fuerte".

La mujer, oye o no oye, cree o no cree; pero hace siglos que sigue un mismo camino; hace siglos y siglos que busca en su unión con el hombre una solución a muchos conflictos. ¿En qué medida estos conflictos pueden ser resueltos de otra manera que la de siglos y siglos y la actual? Sin duda, la respuesta es muy difícil, porque de miles intentadas sólo unas pocas, las tradicionales puestas tantas veces en la picota, son las que todavía se mantienen en pie. El marido, la casa, los hijos tienen todavía un sabor y valor permanentes. Las relaciones morales, económicas, sociales y educativas entre ellos han variado y variarán mucho, todavía, pero el hecho permanece. Una profesión, un trabajo producen satisfacciones, a veces inmensas, pero para el común de las personas jamás colman una vida. Lo que hasta ahora se ha aproximado más a la

justificación de la existencia es la continuación de la vida en los descendientes, y todo aquello que sirva para conservar esa existencia inviste casi el carácter de sagrado. El hogar es, en sí, una elevación, una alta conquista humana en el orden de la civilización y la cultura, aunque haya sido prostituído por sistemas sociales de corrupción y servidumbre.

Si el camino de toda elevación humana es el de la emancipación, toda emancipación de la mujer debe ser estimulada; emancipación económica, social, política, cultural, educativa; emancipación de creencias y prejuicios que estén en contradicción con la liberación que se desea. Libre ya de toda servidumbre podrá entonces decidir en forma absoluta sobre el contenido y destino de su vida en cuanto al amor, al afecto, a su vínculo con el hombre, a sus hijos, a su hogar, si así queremos denominar provisoriamente el lugar de convivencia afectiva, no será puesta en el index y repudiada. Pero tal día soñado no podrá ser otra cosa que la consecuencia de los días vividos por una humanidad que tendrá, mientras, que conformarse con soluciones imperfectas, aspirando siempre a la solución ideal, a la emancipación absoluta, a la felicidad plena. El mundo, la vida, no constituyen, según todas previsiones, un ciclo cerrado sino un proceso perpetuamente abierto. Intervengamos, pues, en el proceso de la sociedad, del matrimonio, de la familia, que son hechos reales que tenemos a nuestro alcance, y ayudemos a su integración en el proceso que tiende a superar los conflictos.

La mujer libre no brotará como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino de la mujer encadenada. Sobre la mujer encadenada es sobre la que hay que trabajar. La vida doméstica, el matrimonio y la familia son, por eso, puntos capitales sobre los que debe incidir la acción social, económica, educativa y política de la sociedad contemporánea.

IV. LA VIDA PÚBLICA Y POLÍTICA

Toda civilización presupone un nivel de estado social y no un nivel de estado individual. De toda una serie de conquistas y actos humanos van siendo estimados unos más que otros a lo largo del tiempo; esta estimación, aunque haya comenzado por ser individual, tiene que transformarse en colectiva para que perdure, y en ese caso si la sociedad de ese momento la considera superior o equivalente a una estimación anterior, la incorpora como bien propio a su tabla de valores de civilización. La conservación colectiva de estos valores es más segura que la conservación individual. El hombre solo no es muy de fiar. El testimonio de dos tranquiliza más que el testimonio de uno. El hombre cede con mucha más facilidad al fraude, a la abyección cuando está solo que cuando está acompañado. La presencia de la colectividad, aunque la misma esté representada por una sola persona más, lo inhibe o lo torna cauto. Lo que se dice "voz de la conciencia" no es otra cosa que la sensación de que un ojo nos está mirando o nos puede mirar. Si la impunidad fuera la regla, todos seríamos criminales. Las guerras lo han demostrado con exceso, pues el castigo es más bien por no matar que por matar. El hombre no es ni bueno ni malo, es simplemente hombre. Como tal, es más bárbaro cuanto está más solo. Esto es cierto para cualquier tiempo y momento. Todo ser humano, cualquiera que sea su nivel de civilización puede descender en cualquier instante de ese nivel si nadie lo mira, si ninguno puede conocer los pasos que ha dado.

Para atenuar y hacer lo menos dañosa posible su natural tendencia a la barbarie, nada mejor que educar al hombre para la vida colectiva. Ampliando el campo de sus contados físicos y morales su desconfianza tiene que ceder; no lo hará

por bondad sino porque obligado ya a andar entre sus semejantes no podría chocar con ellos a cada paso; tendría que volver a su cripta individual; y no lo hace porque ha comenzado a percibir las ventajas de no estar siempre librado a sí mismo. Y en cuanto a la colectividad que lo ha atraído a su seno mediante los halagos de una vida en común, tampoco lo hace por bondad, sino porque rinde más la reunión que la dispersión, porque es más fácil manejar a un millón de hombres asociados que a uno solo no asociado, o libre. Un hombre solo se inclina más a pensar, un millón de hombres asociados se inclina más a obedecer. Los intereses comunes creados por una comunidad son de tal manera cuantiosos, que el hombre medita mucho antes de causar un daño. Destruir la riqueza de mil inhibe más que destruir la de uno solo. Esta inhibición tiene también un límite de resistencia, y puede ceder a la necesidad de destruir; pero en última instancia siempre aparece el temor de destruir demasiado, de dejar en el desamparo a la seguridad individual, que siempre se persigue a través del acatamiento a las normas de la seguridad colectiva.

Los más altos niveles de civilización y de cultura han sido siempre los de más alta organización social. Mejorar, superar la organización social es, por eso, la aspiración más fuerte de las colectividades humanas; sin lo uno, no es posible lo otro. Al individuo puede no interesarle su grado de civilización y de cultura; a la colectividad, sí, porque los cuantiosos intereses comunes correrían peligro de degradarse o perecer.

Llevar, pues, al hombre a participar de la vida en común es el primer objetivo de una colectividad. Las instituciones que se organizan están destinadas a eso. En los pueblos muy desarrollados socialmente, este deseo de llevar a todo el mundo al seno activo de la comunidad, alistarlos, disciplinarlos, tratar de que acepte ideas o creencias consideradas las más justas para vivir en conjunto, es una tarea tan natural como la de preocuparse porque todos los días no falte el agua, la luz, el alimento. En la Argentina hay que llevar casi a la rastra a la gente para asociarla a algo, aunque sea de manera transitoria. Eso indica un déficit de educación social.

Este atraer, a veces tironear o empujar al individuo hacia la colectividad, produce conflictos; pero siempre el individuo

termina por ceder y se acostumbra. La seguridad colectiva es más amplia y tranquilizadora que la individual. Muy rara vez se abandona la seguridad colectiva para volver a la individual; lo que ocurre es que sin abandonar las seguridades colectivas el hombre se afirma a ciertas seguridades individuales que todavía son superiores a las de la comunidad. Pero las cambia en cuanto puede. Nadie se queda con lo malo cuando puede apropiarse de lo mejor.

La familia ha sido un comienzo de seguridad colectiva. Más amplio antes que ahora; más en las sociedades débilmente organizadas que en las de alto nivel de organización. Podría parecer que el creciente progreso de la seguridad colectiva tiene que poner punto final a la existencia de la familia. Equivaldría a aceptar la filosofía del punto final. Pero la vida es un proceso de luchas y contradicciones. El hecho de que la familia de tal tiempo y tal sociedad tenga que perecer como sistema, no implica que toda asociación de hombre y mujer tenga que perecer porque tal elemento de su asociación ha sido reemplazado o superado por otro. Puede, por el contrario, afirmarse, que las asociaciones humanas serán cada vez más firmes y frecuentes. Hombre y mujer han experimentado donde están sus principales discrepancias, y también donde están sus principales conveniencias. Las discrepancias son pasibles de superación, pueden abandonarse, sustituirse; las conveniencias son para repetirse; unas, se abandonan, otras, se retienen. Es así como la humanidad va acumulando en sus instituciones los elementos que han de definir su grado de civilización y de cultura, su organización social y su seguridad colectiva.

Los conflictos entre familia y sociedad forman parte del renovado sistema de conflictos en que vive el hombre. La solución no está en mutilar una o la otra, sino en superar el conflicto vigente. Esta superación se logra en la medida que los intereses en conflicto son reemplazados por los intereses en convivencia. Es lo que se ha intentado siempre, interesándose la colectividad por la familia, interesándose la familia por la colectividad; poniendo a tono los intereses de uno con los del otro.

En este poner a tono, y convivir, la mujer como representante nato de la familia, desempeña el primer papel. Ella es

el centro de la vida familiar. El hombre es más dueño de la vida pública. El conflicto que pueda presentarse por esto no es entre hombre y mujer sino entre intereses que no se han puesto de acuerdo. Es esencial que estos intereses sean recíprocamente bien conocidos. El hombre debe compenetrarse mejor que hasta ahora de la vida de familia, más compleja de lo que a él le parece. La mujer debe intervenir más en la vida pública. No significa ni el encierro en el hogar para el hombre, a fin de que pruebe lo que es, ni la permanencia constante de la mujer en la calle, para que conozca al dedillo su organización y movimiento. La casa y la calle no están aisladas una de la otra, ni ahora ni nunca. La primera vida interior presupone simultáneamente la primera vida exterior. No hay muros infranqueables.

La calle es siempre más fuente de información y de orientación que la casa. Los hechos provienen de muchos cauces, pero la calle los recoge, los colectiviza, los difunde. Decimos calle a todo lo que no es propiamente recinto privado. La calle es la vida pública. Compenetrarse de la vida pública es recoger una valiosa información y orientación para la vida privada; para la vida misma, debe decirse, porque vida privada y pública son solamente dos aspectos de la vida humana. Pero toda información y orientación debe aplicarse a la interpretación y ejecución de los hechos que se tienen más a mano, de los que se es copartícipe. La obrera, la empleada, la maestra, la profesional, la madre de familia en su vida doméstica pueden emplear esa información y orientación para la interpretación y ejecución de los hechos de que son copartícipes. El campo de trabajo cotidiano es el que debe ser empleado. No actuar en ese campo es perder el mejor instrumento, el instrumento que se conoce a fondo, del cual se puede sacar todo el rendimiento. Si la vida pública da información y orientación, es por reciprocidad de intereses: quiere que se le devuelva en hechos lo que da en ideas, en objetivos. Cuando el campo no permite actuar, porque el intentarlo equivaldría al desalojo, pretender actuar puede significar un acto de heroísmo; pero la colectividad prefiere la conservación del campo antes que el héroe. Tiene una larga experiencia acerca de lo que significa la posesión de un instrumento. El instrumento es el

principio de la acción. Si no sirve, hay que mejorarlo, pero no es aconsejable tirar lo que se posee y quedarse con las manos vacías; un instrumento defectuoso, débil, o que en un momento dado no se puede usar, es mejor siempre que no tener ninguno.

Pero la vida pública no es una vida abstracta que habla por inspiración divina, sino una vida concreta que proviene de todos los hechos concretos de la vida cotidiana, que han podido llegar directa o indirectamente hasta ella. Ella elabora los productos que le son dados. En los productos, en los hechos que vienen de todas partes es donde comienzan a darse las bases de la vida pública. Por eso el campo de acción cotidiano tiene un inmenso valor; por eso la familia, el taller, la fábrica, la escuela, la oficina, todo campo de acción cotidiana deben ser empleados también como medios de acercarse a la vida pública, como elementos para realizar y elevar ese tipo de vida. La maestra que cuida de la buena capacitación y educación del niño, la obrera que cuida de que lo que ella contribuye a producir sea tal como se necesita, la empleada que ejecuta su tarea para que todo marche como es debido, la madre de familia que atiende a los suyos para que no se altere el ritmo y momento de la intervención de sus familiares en las tareas que deben desempeñar, contribuyen al mantenimiento de la vida pública. Cuando, además de esa contribución para el mantenimiento de la vida pública, la mujer pone un sentido de dirección, ya sea para corregir, afianzar o reemplazar el objetivo directo de ese momento, es cuando además de acción pública ejerce una acción política. En ese caso se pone el énfasis sobre el sentido y no sobre la cosa; se aspira a penetrar profundamente en la vida de la sociedad, o para decir: esto no se mueve; o: esto tiene que comenzar a cambiar.

De ahí la gran importancia de la intervención de la mujer en la vida pública y política. Hombre y mujer deben hacerlo unidos; la dispersión de actividades que forzosamente deben ser comunes disminuye el valor de los resultados. Ni hombres solos ni mujeres solas. Todas las discriminaciones deben ser abolidas. El hombre es todavía bastante "racista" con respecto a la mujer. La solución no está en que la mujer levante

otro racismo frente a ése. Trabajar para la emancipación de la mujer con abstracción de la emancipación del hombre es tan equivocado como lo inverso. Cuando decimos que en la familia actual la mujer es el miembro económicamente más débil y que hay que emanciparlo, queremos decir que hay que superar las condiciones en que se produce esa servidumbre. Esas condiciones son siempre generales: o por elevación económica de la comunidad, de la cual ella depende, o por elevación moral de esa misma comunidad que la juzga. No es el sexo lo que debe preocupar sino la servidumbre.

La participación de la mujer en la vida pública crece a medida que sus intereses colectivos crecen. Si todo viene de afuera, ella está obligada a mirar y actuar fuera. En la casa, elabora, la calle provee. Si su larga residencia cotidiana es en el lugar de empleo, su campo de acción pública tiene que ser el empleo. Pero la vida familiar y la vida doméstica son también un vasto campo para esa acción. Ambas no están limitadas rigurosamente por la puerta de calle. La mujer que hace vida de familia y vida doméstica, preferentemente, sale de su casa para administrar. En el mercado, en las tiendas, en la calle actúa con un sentido de vida pública, y desde luego con agudo sentido político. Sus apreciaciones son regularmente exactas porque se basan en hechos que conoce muy bien. Cuando una experimentada madre de familia dice a su comunidad: vamos mal, o vamos bien, es absolutamente cierto; no son predicciones: son comprobaciones. Su conocimiento de la vida pública puede ser rudimentario, pero es preciso. Es un conocimiento directo de los problemas matizado por los hechos que vienen a sus manos. El mayor o menor trato de la vida pública no depende de estar en primer plano en ese tipo de vida, sino en palpar sus problemas; y como los problemas económicos son los primarios, quien maneja una economía complicada como es la de la vida familiar, tiene una experiencia que le hace descubrir enseguida las consecuencias públicas y hasta políticas de hechos de apariencia simple, pero que conoce como la palma de su mano.

Educar, pues, en el conocimiento de los problemas de la vida pública es prepararse para la vida pública. En cualquier lugar, en cualquier actividad estos problemas aparecen. Todo

problema de la vida social es un problema público. Y por el hecho de tener un objetivo de demostración de acercamiento a un fin, es, en definitiva, un problema político. Definamos a éste como un problema que encierra posibilidades de afianzar o modificar condiciones de la vida pública. La educación política, por consiguiente, es un proceso, una serie coordinada de acciones y reflexiones que se ponen en juego para modificar esas condiciones. Pero si bien alcanzar un objetivo es la meta de la acción política, lo que vale para la educación es el proceso y no el resultado.

El uso reiterado de la palabra política para designar exclusivamente la actividad propia de los partidos, se debe a que se los considera como los instrumentos representativos y directos de la acción política, por el hecho evidente de que, siempre, bajo la forma de partidos se han materializado los grandes movimientos de opinión.

Como nuestra vida colectiva está basada en la familia y la mujer es la verdadera organizadora y administradora del hogar, el déficit en su educación política disminuye el vínculo que entre vida privada y pública exigen, cada vez con mayor imperio, las sociedades contemporáneas. El hogar no se ha interesado mucho por la vida pública; ha vivido en ella tratando de sacarle lo más: dándole lo menos. Sin embargo, debe esforzarse por conocer las causas de lo que ocurre puertas afuera y ver cómo es posible que su aporte pueda contribuir a modificar o afianzar esas causas. Un hogar debe tener conciencia de la vida pública, porque, al menos entre nosotros, es la verdadera célula social. Lo que el hogar no retiene, se pierde; lo que él guarda, perdura. Cambio social, político, económico, cultural, que no haya logrado penetrar a fondo en el hogar es un cambio superficial. Para conocer el nivel de un pueblo no hay que recorrer sus avenidas sino entrar en sus casas.

Todo el saber de la mujer, que es inmenso, sobre la vida de la comunidad a que pertenece, adquirido en su papel de organizadora de su hogar, lo mantiene en un estado de saber empírico; no lo coordina, ni lo sistematiza, ni lo confronta con objetivos políticos. Juzga con exactitud y fuerza descriptiva hombres, cosas y hechos, pero sin ideas generales, sin inten-

ción de llegar a las grandes causas. Las grandes causas no la inquietan. Pueden parecerle hasta vanas preocupaciones como para disipar o vencer el hastío de vivir.

Ir hacia lo político dentro del hogar consistirá, pues, en el examen cotidiano y en núcleo familiar de hechos significativos de la vida pública e ir preparando de esa manera la mente para que se tome más contacto con ese otro tipo de vida. Consistirá, también, en dar un objetivo de vida pública a la familia, e decir un ideal que la lleve a considerarse de verdad como miembro del todo social, y no preferentemente como hasta ahora como una caja de seguridad contra los azares de la vida exterior.

Absorbida por quehaceres familiares y por pensar que todo se arregla mejor desde dentro que desde afuera, la mujer ha subestimado la importancia de lo público y lo político. No le han faltado razones para llegar a esa conclusión: las crisis económicas ha tenido que arreglarlas, en definitiva, ajustando puertas adentro las cuentas y las inversiones. Las crisis morales las ha soportado o conjurado concentrándose en sí misma, y cerrando o entornando las puertas del hogar. Ella sabe, más que el hombre, de las amarguras duraderas y los placeres efímeros. Pero frente a este encierro y restricciones impuestos por la dura necesidad y la incapacidad para obrar de otra manera, están los problemas y las inquietudes de esta vida cada vez más universal. Para que el hogar no mantenga este peligroso divorcio con la vida pública es necesario que la mujer se eduque políticamente. De esta manera, la familia podrá incorporarse como gran instrumento para una sociedad donde lo público y lo privado se aproximen a una síntesis, eliminando muchas o todas las contradicciones que la perturban.

Iniciada o avanzando la mujer en su preocupación por lo político, es decir, en su interés por los problemas de la vida pública, viene su segundo paso: la acción política. Acción política no es forzosamente la participación en el partido político. Quiere decir solamente acción enderezada a modificar o afianzar condiciones de la vida pública. El partido es un instrumento valioso para la acción política, y en muchos momentos insustituible; pero jamás, exclusivo. Los partidos son órganos ejecutivos directos que amplifican lo que ya está dado,

para que pueda ser captado con precisión. El rumor, la inquietud, la protesta, el anhelo, vienen por muchos caminos desde el mismo fondo del pueblo. Los intereses y los anhelos de un pueblo forman los partidos. Los partidos representan estos anhelos e intereses puestos en un sistema, en una doctrina, en un programa.

La acción política no partidaria, está todavía más al alcance del común de las mujeres que la acción militante. Podría decirse esto mismo respecto del hombre, pues no exige modificar mucho las condiciones de la vida cotidiana, sea ésta pública o privada. No le veda tampoco el camino del partido; en todo caso, la prepara para optar por la acción directa si algún día la desea.

¿Cómo puede la mujer educarse en el ejercicio de la acción política?

A través de la acción social que tenga por objeto modificar o afianzar algunas de las condiciones de la vida pública. Esto es lo que distingue fundamentalmente la acción social pura y simple de la que se rige por un fin político.

La acción social pura y simple es de asistencia. Se preocupa por el individuo o la comunidad con propósitos humanitarios; rehuye indagar el porqué de las cosas y si lo descubre pasa de largo, como si le ardieran los ojos con sólo mirarlo. La acción social con objetivo político, se propone, en cambio, detenerse en el por qué, en el cuándo y en el dónde. Plantea el problema de las causas; es sustancialmente un proceso de educación política.

Desde larga data la mujer cumple en la vida pública una acción social; pero no se remonta tan lejos su despertar de conciencia hacia la inclusión de un contenido político, ni son mayoría las que han despertado. Tan cierto como que la mejor manera de entrar la mujer en la vida pública es a través de los problemas conexos de su vida privada, es que a través de lo social con objetivo político puede transformar a esta acción social en la base de una eficiente acción política. Puede dar unos pasos más y embarcarse en la acción política directa; pero aunque la mayoría no lo hiciera, su educación y su vida políticas habrían alcanzado un nivel satisfactorio. Lo que las sociedades humanas necesitan para su elevación política es que

este tipo de preocupación exista y que se ponga en función por los medios que cada cual puede emplear. La acción política directa es, por el momento, casi el privilegio de una minoría.

Debemos entender por militancia política la adscripción efectiva y activa a un partido. Hasta ahora, en cualquier país del mundo, los que militan están en evidente minoría con relación a los que no militan. Contra esa tendencia sostenida a la no-militancia se han alzado siempre muchas voces. Exhortaciones vehementes, protestas airadas han dicho en diversos tonos que buena parte de la culpa del déficit de educación política de los pueblos se debe a que la ciudadanía ha permanecido y permanece asomada a la baranda de los partidos, lo que priva a éstos de una colaboración en masa que podría engrandecerlo y perfeccionarlo.

El déficit de educación política no disminuirá ni desaparecerá con la afiliación ni con la militancia, sino con educación política. La afiliación y la militancia pueden ser incentivos, reglas para esa educación; pero nada más. El problema hay que plantearlo así: la educación comienza con la inquietud política, el pensamiento político, la acción política; puede terminar en el partido, pero no es forzoso que allí termine. De tanto en tanto los pueblos crean los partidos que sintetizan en una doctrina, un programa y líderes la aspiración común. Los partidos, pues, nacen de una aspiración común más o menos encendida. La aspiración común, el estado de conciencia, el comienzo educativo es lo previo.

La militancia política eleva su nivel simultáneamente con la elevación de nivel de conciencia política de quien milita. Los partidos más fuertes son aquellos en que la conciencia política de sus militantes también lo es.

Hasta hace muy poco, la mujer no tenía en la Argentina derechos políticos. Era un contrasentido dentro del cuadro de su participación inmensa en la vida del país. Ahora tiene un nuevo instrumento para su acción pública y política. Pero no es más que un instrumento de uso muy limitado. A muchos preocupa el uso inmediato que hará de él. Esto importa del punto de vista electoral; pero del punto de vista educativo lo que importa no es el uso que hará hacia afuera sino hacia adentro; es decir, de que le servirá para trabajarse ella misma, pa-

ra pensar políticamente, para plantearse los problemas y actuar de acuerdo a las soluciones que se den a los planteos.

La militancia política se presenta a la mujer argentina como un nuevo problema a considerar. No se tiene todavía una información suficiente como para asegurar que se orientará de inmediato y en cantidad a la militancia. Su acercamiento a los partidos ha sido escaso; hecho explicable por la carencia de derechos políticos. Las circunstancias que llevarán a la mujer a militar políticamente dependerán, en esencial, de la gravedad y urgencia de los problemas que deba afrontar.

Podríamos llegar a las siguientes conclusiones en cuanto a la educación política de la mujer. Necesidad de preocuparse por lo político, es decir por los problemas de la vida pública, de sus causas y consecuencias: por ejemplo: problemas del costo de la vida, vivienda, educación, seguridad social, etc. Necesidad de relacionar los problemas coincidentes de la vida privada y de la vida pública: violación de leyes, violación de domicilio; inseguridad pública, inseguridad privada; economía nacional en crisis, economía privada en crisis. Formar, también, estados de conciencia política: aprender a descubrir en cada hecho social su contenido político; no dejarse llevar por las apariencias; todo lo que se hace socialmente tiene un interés político. El aspecto social puede ser satisfactorio, pero su fin político puede ser funesto. Interesa el fin más que el aspecto. La militancia y la no militancia son dos actitudes igualmente políticas, que pueden trabajar unidas. La no militante no debe sentirse menos obligada que la militante para asumir la responsabilidad de la apreciación y la acción políticas que corresponda. Su obligación nace de su comprensión de los hechos, de su estado de conciencia política. Carecer de bandería es consecuencia de una decisión personal, pero no exime de una obligación colectiva.

Hasta aquí la definición y planteo del problema educativo. Hasta aquí la definición de lo que es acción política y militancia política. Pero ¿es esto todo? Falta lo principal: el objetivo. En la decisión acerca del objetivo se entra, ya, a elegir los caminos, a optar entre lo que se nos da, o a trabajar para la cosa nueva. Termina una lección del pensamiento y comienza otra, aplicable a la vida. ¿Podría yo quedarme en la lección

del pensamiento? ¿Debo callar lo que creo, despojarme de lo que siento? Las definiciones conceptuales son necesarias para fijar el lenguaje en que hemos de entendernos, pero sería engañar a ustedes y defraudarme a mí mismo si no dijera que creo que la educación de la mujer para la vida pública y política debe ser para contribuir a abreviar, disminuir, eliminar todas las servidumbres: las servidumbres resultantes de la división del hombre en categorías económicas y sociales; la servidumbre todavía vigente en la familia; la servidumbre de un bajo nivel de educación y de cultura; la servidumbre jurídica; la servidumbre por los hijos sin protección social, que la obligan a ganar un salario; la servidumbre de todas las creencias que en su faz política y social le hurtan, la adulteran, le sustituyen los medios para su liberación. La educación para la vida pública y política no puede ser una lección académica de los derechos de nuestra Constitución vigente o reformada, de nuestras leyes presentes y futuras, sino una lección de hechos. Cada momento de la vida cotidiana puede constituir la lección de un hecho. La mujer tiene en los problemas de la vida familiar y doméstica un valioso campo de acción social y política, porque en la vida familiar y doméstica se conservan, intactas, viejas y recalcitrantes servidumbres. Son problemas que no van a resolverse dentro de las cuatro paredes; habrá que llevarlos a la plaza pública cada vez que sea preciso. Las relaciones familiares, las condiciones familiares, la situación del hogar son un compendio de las relaciones de toda la comunidad: sociedad de asalariados, familia en servidumbre. La mujer debe, cada vez que pueda, afrontar todos los problemas sociales y políticos; no hay nada que pueda estar reservado exclusivamente para los hombres. La vida doméstica y de familia no es cosa de mujeres sino de todo el mundo. Sus problemas son también de todo el mundo. En los problemas de la vida doméstica la mujer sabe más que el hombre y debe, por consiguiente, poner esa fuerza de su conocimiento en la formación de una conciencia política, en el logro de un objetivo político y social que puede interesar a grandes masas. Las proletarias no son solamente las asalariadas de los talleres y las fábricas sino también, las subasalariadas, miembros de la familia, sin protección ni categoría social como tales. Con el

poderoso instrumento del hogar en sus manos, la mujer puede librar, unida al hombre y no contra el hombre, la gran batalla. Un hogar seguro y libre, una familia libre y en plena seguridad, tendrán que ser, ciertamente, la consecuencia de una sociedad libre y protegida por la seguridad colectiva; pero a la sociedad libre no se llegará de un salto, sino por la eliminación previa de cada una de las servidumbres, que hoy la encadenan. Un hogar libre, una familia libre son esenciales para la ansiada seguridad del mañana.

Conferencias pronunciadas en el Colegio los días 14, 21, 28 de junio y 1° de julio de 1948.

Vida del Colegio

FALLECIO DON FERNANDO ARANEDA IBARRA

Con el chileno Fernando Araneda Ibarra, que falleció en esta capital el 5 de julio, ha desaparecido un tesorero luchador de la causa americana, un gran amigo del Colegio Libre de Estudios Superiores y un espíritu que vibró lleno de ansiedad —como si fueran propios— ante las alternativas de los problemas argentinos. Miembro caracterizado del radicalismo de Chile, profundo demócrata, liberal integérrimo, vinculado a los círculos políticos, culturales, sociales y económicos del continente, realizó entre nosotros una auténtica obra de confraternidad. Araneda Ibarra que hace dos lustros había desempeñado en Buenos Aires el cargo de secretario comercial del Consulado de su país, ejerció posteriormente en su patria —durante la breve e inolvidable presidencia de Aguirre Cerda— la subsecretaría de Comercio del Ministerio de Relaciones Exteriores y otras importantes funciones públicas. Desde fines de 1941 había retornado a la Argentina para consolidar aquí su hogar, acrecentar afectos, luchar por nobles ideales humanos y finalizar prematuramente sus días.

Dos hermosos anhelos animaron con fuerza obsesionante la vida, la acción intelectual de Fernando Araneda Ibarra. En materia económica, la unión aduanera de los países americanos, especialmente de Argentina y Chile. En el orden político, la ciudadanía americana para todos los hombres del continente. Creía que únicamente así las generaciones del presente podían concretar los ensueños que Miranda, San Martín, Bolívar, Monteagudo, Lastarria, Sarmiento, Bilbao y Alberdi habían cifrado en sus empresas históricas.

Dominado por esa ilusión, cada vez que ocupó entre nosotros la tribuna o la cátedra, insistió en esos objetivos con pasión de iluminado. Así, en diciembre de 1941, cuando habló en el Museo Social Argentino sobre la "Unión federal argentino-chilena", puntualizó la circunstancia de que tantos millones de americanos del Sur estuvieran políticamente dispersos a pesar de sus comunes intereses. "Nada debe obstar —sostuvo— a que se realice esta federación, no sólo posible entre Chile y Argentina, sino también entre los demás estados de la América del Sur". "Los más interesados en ello —agregó— han de ser las clases popula-

res y sus únicos detractores las clases conservadoras". Recogiendo la posible impugnación al carácter ilusorio de su tesis, Araneda Ibarra decía: "No debe sonar tan a utopía este proyecto, ya que utopía significa una falta absoluta de posibilidad de realización práctica y el proyecto de federación es mucho más factible que la explotación de la Antártida, de la que nadie duda". "Se podría llevar a cabo —argumentaba— una reunión de la cual surgiera el pacto federal y ésto lograría la unión de los pueblos de este extremo del continente, a poco costo y sin derramamientos de sangre". Aquella tarde, Araneda Ibarra finalizó su conferencia diciendo que "a pesar de las objeciones interesadas que pudieran hacerse a sus ideas, nadie podía negar su factibilidad y el tiempo, en un plazo relativamente breve, se encargaría de decir su última palabra".

En noviembre de 1944 Araneda Ibarra ocupó la tribuna del Colegio Libre de Estudios Superiores para disertar sobre el tema "Un ensayo de planificación económica en Chile". La conferencia que pronunció en la cátedra Lisandro de la Torre, y en la que analizó la situación de su país y el espíritu de la ley que creó la Corporación de Fomento de la Producción, le dió oportunidad para denunciar cómo bajo el imperio angustioso de los acontecimientos se habían incorporado a la legislación económica de su país ciertas disposiciones totalitarias. Subrayó el parentesco que vinculan al proteccionismo, al paternalismo y al totalitarismo y como esas tendencias habían encontrado en Chile devotos y activos cultores. Demostró cómo la política proteccionista en favor de determinados sectores ha auspiciado el parasitismo social, a la vez que la fiscalización oficial llevada a límites extremos impide el desarrollo de la economía y favorece la creación de fuertes combinaciones de empresas que amenazan dominar al país hasta en el orden institucional.

Con palabras llenas de valentía, Araneda Ibarra al referirse en esa disertación a la relación de la economía planificada interna con la economía americana, afirmó que mientras subsista en Chile "la base de una política totalitaria, mediante el Control del Comercio Exterior y el monopolio de la importación, no serían posibles los acuerdos amplios y generosos con los demás países americanos". "La atmósfera de rivalidad y de guerra económica —agregó— conspira contra la idea de paz". Luego, como al conjuro de una inspiración sarmientesca, dijo: "Suprimamos las barreras aduaneras, tratemos a los extranjeros como compatriotas, procurémosles una seguridad y una libertad completas, y la mitad de América, que hasta nuestros días no ha sido cultivada, producirá abundantes riquezas".

Animado por una persistencia romántica, Araneda Ibarra no dejó transcurrir oportunidad propicia para sostener esos ideales. En el Congreso de la Unión Republicana Latina Hacia la Federación de las Democracias, que se celebró en abril de 1945 en Montevideo y que presidió el eminente republicano español don Augusto Barcia Trelles, Araneda Ibarra que llevó la representación del radicalismo chileno tuvo una

actuación descollante. No pudo elegir el presidente de ese partido don Alfredo Roende a un plenipotenciario más adecuado. Nuestro amigo no sólo cooperó en la mayoría de las magníficas declaraciones democráticas que surgieron de la asamblea, sino que también obtuvo que las dos declaraciones que presentó fueran aprobadas por unanimidad. Una de ellas se refería a la Ciudadanía Americana y la otra a la Unión Aduanera. "La Conferencia de la Unión Republicana Latina —expresa la primera resolución— recomienda "que todo individuo nacional de un país americano sea considerado como nacional del país americano en que se encuentre; y que para alcanzar esta imperiosa necesidad de verdadera convivencia continental, se otorgue a todo americano, además de la nacionalidad respectiva, la ciudadanía continental".

En el tema de la Unión Aduanera, Araneda Ibarra sostuvo la obligación de "hacer propaganda por una Federación de Pueblos Libres, con un gobierno común, elegido directa o indirectamente por esos pueblos y responsable ante ellos". La Federación así formada constituiría el primer paso hacia el objetivo de la Federación Mundial. Esa Federación aseguraría la paz basada en la seguridad económica y en el resguardo de los derechos fundamentales para todos. Un Instituto Federal Latino de política comercial prepararía los planes para el desarrollo de la Federación y de las correspondientes Uniones Aduaneras. La Federación dirigiría la política exterior, las fuerzas armadas y los armamentos. Tendría facultades superiores en materia de aranceles, de moneda y de comunicaciones. Los problemas de carácter local quedarían circunscriptos a los gobiernos nacionales. Como corolario de tan audaz y quimérica ponencia, que reproducía implícitamente los viejos ensueños de Mazzini y de Alberdi la Conferencia declaró "que la necesidad de evitar las guerras, de suprimir privilegios económicos y de evitar la miseria, imponía la reducción incesante de la significación económica de las fronteras políticas, hasta alcanzar el pleno intercambio del comercio universal".

El equilibrio espiritual que regía sus actos, su fervor por las grandes causas, su minuciosa información de los problemas americanos, su laboriosidad para comunicarse permanentemente con sus amigos del continente, habían convertido a Fernando Araneda Ibarra en un extraordinario consejero. Era un encanto espiritual, constituía un motivo de verdadera reconfortación en los instantes de duda, aproximarse a su gabinete de trabajo para buscar una información o formular una consulta. Don Fernando, entonces, tan disciplinado, tan prolijo, tan orgánico, tan suave y tan cordial, extraía de sus carpetas el "memorándum" adecuado al tema, el recorte periodístico o alguna carta orientadora. Escribía sin cesar a sus correligionarios de Chile sugiriendo soluciones, reprochando cariñosamente errores o exhortando a enmendar en forma honorable todo aquello que pudiera encerrar un equívoco con respecto al concepto integral que tenía de la democracia. Con verdadera nostal-

gia evocaba frecuentemente a don Pedro Aguirre Cerda. Creía que desde la desaparición del ilustre maestro se había operado una triste declinación en el radicalismo chileno en relación con las enseñanzas legadas por Lastarria y por Mac Iver.

Araneda Ibarra ha muerto a los 47 años, extremadamente pobre, después de haber trabajado intensamente y de haber prodigado las preocupaciones de su espíritu en infinitas causas románticas. Ante su tumba no se pronunció discurso alguno. Los amigos que él tenía en "La Prensa", en "La Nación" y en "El Mundo", y que conocían los maravillosos quilates de su alma, enunciaron en sueltos breves, pero impregnados de emoción, la desaparición de este demócrata auténtico, de este forjador de soluciones audaces, de este gran americano que, sencillamente y sin estrépitos, trabajó, como un misionero, para acercar a los pueblos y a los hombres del continente.

José P. Barreiro.

HOMENAJE A CLAUDE DEBUSSY

El jueves 15 de julio se efectuó en la sala de Florida el homenaje a Debussy con motivo de cumplirse este año el trigésimo aniversario de su muerte. Consistió en una audición comentada sobre "La obra de Claude Debussy para piano a cuatro manos" con ejecuciones por Jacqueline Ibels y Daniel Devoto.

Publicamos aquí el comentario leído por Daniel Devoto

PALABRAS DE DANIEL DEVOTO

Es tarea honrosísima la de tener a nuestro cargo el homenaje del Colegio a Claude Debussy; tarea honrosísima y con algunos precedentes que acostumbraron a Debussy, en vida, a estos homenajes póstumos. Tanto, que escribe en enero de 1906, en ocasión del estreno de *Pelléas et Mélisande* en Bruselas:

"Hay una campana que debiera estar en sol y que, por puro espíritu de contradicción, está en do... Parece que llamaran a cenar en el castillo, lo que hace menos triste la muerte de Melisendra. Hasta ahora he visto solamente la mitad de una torre, una fuente de madera sin barnizar, y unos subterráneos tan naturales que es imposible penetrar en ellos. El niño Ynioldo es tan, tan niño, que todavía no sabe su parte, y el ensayo general es mañana. Es mejor tomar el partido de ser un muerto célebre, con el que se hace lo que se quiere."

Bromas aparte, nuestro programa de hoy encierra toda la obra de Debussy original para piano a cuatro manos. Otras dos composiciones podrían integrarlo: la *Sinfonía en si* (un movimiento) escrita en 1880,

cuyo original se descubrió hace unos quince años en Rusia, y que está dedicada a Mme. von Meck, protectora del joven Achilles Debussy; y el *Triomphe de Bacchus* (sólo un interludio), cuya composición se cree ligeramente posterior a la de la Sinfonía. Pero ninguna de estas dos obras de juventud fué publicada por su autor ni se trata tampoco de obras concebidas para piano a cuatro manos sino de borradores previos a la versión orquestal definitiva, siendo, además, de relativo interés musical. Restan, pues, las tres obras que componen este programa: la *Petite Suite*, la *Marche Ecossaise*, y los *Six épigraphes antiques*, exponentes del interés de Debussy por la música a cuatro manos, desde el tiempo en que acompañaba a Mme. von Meck o leía, con René Chansarel, las obras de Borodin recién llegadas de Rusia.

Hasta no hace mucho se creyó que la *Petite Suite* fué compuesta en 1894, pero se sabe que apareció editada por Durand en febrero de 1889; su primera audición fué efectuada por el autor y su camarada Jacques Durand, que sería más tarde su editor. “¿Puede creerse —pregunta Edward Lockspeiser— que la *Petite Suite* sea contemporánea de los *Poèmes de Baudelaire*, o *Pour le piano de las Chansons de Bilitis*? Mientras las canciones lo muestran arribando a la plena posesión de sus medios, las obras contemporáneas para piano, que son música pura, son poco más que la obra de un aprendiz. Parecería que Debussy necesitase siempre un estímulo extramusical, poético o pictórico”. Es posible, sin embargo, que ese estímulo, perceptible en los títulos, exista, y sea (por lo menos para *En bateau*) un poema de Leconte de l'Isle, el poeta que suministrará a Debussy, años más tarde, el título de uno de sus preludios para piano. Lo que es incontestable, a pesar de sus muchos encantos, es la evidente timidez de la materia musical en esta suite, sobre todo al compararla con la maestría y madurez que muestran las *Ariettes oubliées* contemporáneas. La forma de sus cuatro trozos es idéntica: un primer tema, seguido por el segundo y por la reexposición del primero, enriquecido (contrapunteado) por elementos del segundo tema. Luigi Ferracchio señala, en el primer número, *En bateau*, “una tímida aparición de la gama exatonal” que será luego tan hábilmente explotada por Debussy. El *Menuet*, quizás la más delicada de estas cuatro piezas, es un claro antecedente del minué de la *Suite bergamasque*, cuya primera versión es casi inmediatamente posterior a la *Petite Suite*; y los números restantes, *Cortége* y *Ballet*, son como el certificado de filiación de Debussy en esa finísima línea de la música francesa que va de los ballets de cour hasta *Messenger* y Jacques Ibert y que cuenta en sus filas a los predecesores inmediatos de Debussy: más que Delibes, más que Chabrier, más que el mismo Massenet, el Lalo de *Namouna*, cuya encarnizada defensa hizo que expulsaran de la Opera a Debussy, estudiante del Conservatorio.

Consciente de sus atractivos, Debussy incluyó la *Petite Suite* en los programas de sus tournées por Europa, en la versión orquestal de Henri

Büsser, quien también la transcribió para dos pianos. Quizás la última metamorfosis de esta obra fué su presentación como ballet en la Opera de París, en abril de 1922 (con una coreografía con demasiado "sistema Dalcroze", protesta André Levinson).

*

La Marche Ecossaise muestra un Debussy mucho más maduro, y marca el final de su primera época, si no el comienzo de la segunda. Unica obra publicada en 1891, la preceden las primeras piezas de piano (Deux Arabesques, Ballade, Valse romantique, Mazurka, Nocturne hasta la Suite bergamasque), las primeras melodías y los "envíos de Roma" (señalamos, de aquéllas, la primera versión de las Fêtes galantes; entre los otros, La demoiselle élue, considerada como envoi de Rome aunque fué enteramente compuesta en París). Después de la Marche Ecossaise vienen, en 1892 (el año del descubrimiento del Pelléas et Mélisande de Maeterlinck) la versión definitiva de las Fêtes galantes, el Prélude á l'Aprés midi d'un faune, y el año siguiente el cuarteto. A través de esta finísima elaboración de un tema popular, sobre todo en la parte central de la Marche, en la que ciertas sonoridades evocan una atmósfera similar a la que Ravel explotará en algunos momentos de Daphnis et Chloé, puede apreciarse cómo Achilles-Claude se transforma, primero, en Claude-Achilles y, ya definitivamente, en Claude Debussy, Claudio de Francia.

El primer título de la Marche Ecossaise era "Marcha de los antiguos condes de Ross dedicada a su descendiente el General Meredith Read, Gran Cruz de la Real Orden del Redentor". Y tenía esta noticia: "El origen de los condes de Ross, jefes del Clan de Ross en Rosshire, Escocia, remonta a los tiempos más lejanos. El jefe estaba siempre rodeado de una banda de bagpipers que tocaban esta marcha ante su lord, antes y durante la batalla". La Marche fué, naturalmente, obra de encargo. En el Claude Debussy de Maurice Dumesnil pueden seguirse las sucesivas visitas del coronel que venía a buscar su marcha, pagada, con toda ingenuidad, por adelantado, y también las sucesivas excusas y "ausencias" del autor presunto, a cargo de la primera Mme. Debussy. Quizás por ser ella obra de encargo, ciertos críticos no aprecian esta Marcha, y hasta alguna buena obra sobre Debussy la ignora directamente (de la misma manera que el Debussy de Charles Koechlin y el Claude Debussy de Maurice Boucher omiten la Petite Suite en la lista de obras del compositor). No corresponde ahora hacer el elogio de la "obra de encargo" (¿aunque qué obra grande hay que no sea "de encargo", venga éste de derecha o de izquierda, o simplemente de arriba?). Al propio Debussy, que no era un juez incompetente, su propia obra parece haberle satisfecho, ya que la orquestó, modificando su final, hacia 1908, según Vallas, pero probablemente antes, porque cuando Eugéne Ysaye,

en 1896, le ofrece ejecutar *Pelléas* en un concierto, Debussy rehusa toda versión que no sea escénica, y propone en cambio una audición de obras sinfónicas entre las cuales incluye la *Marche Ecossaise*. Y no sólo la orquestó sino que, según la anécdota que refiere Inghelbrecht, el director y compositor que la estrenó en 1913, la *Marche Ecossaise* le dió ocasión, durante un ensayo —utilizamos las palabras de Robert Godet— “para confesarse, asombrado por un placer tanto tiempo diferido: Mais, c'est joli!”.

*

Según lo descubrió León Vallas los *Six épigraphes* antiguos tienen una historia bastante larga. Se concibieron como música de escena para acompañar algunas de las *Chansons de Bilitis* de Pierre Louys —uno de los primeros amigos de Debussy— que iban a ejecutarse el 7 de diciembre de 1900 en la sala de espectáculos del *Journal*, periódico parisiense en el que colaboraba Pierre Louys, y que luego pasarían al *Théâtre des Variétés*. El espectáculo, empero, se ofreció una sola vez, en la sala del *Journal*, en febrero de 1901.

Los detalles sobre esta empresa aparecen con bastante amplitud en la correspondencia de Pierre Louys:

¿Estás lo bastante libre de espíritu —escribe a Debussy el 25 de octubre de 1900— como para escribir ocho páginas de violines, de silencios y de acordes en cobre que den lo que podría llamarse “una impresión de arte” en el *Variétés*? ...Te lo pido porque yo, en tu lugar, lo haría; y estoy convencido de que puedes escribir así páginas “absolutamente tuyas” manteniendo al mismo tiempo al público del *Variétés* en la especie de agitación que le es necesaria. —Y además, viejo, esto te impediría pensar en el alquiler de enero.

Debussy le responde, tres días después:

No pido más que hacer lo que me pides, y de muy buena gana; sólo que el tiempo es horriblemente corto, y ni siquiera me dices de cuántas canciones se trata. Acepto, pues, y ponme al corriente de inmediato...

y el martes 15 de enero de 1901:

Le doy los últimos toques a *Bilitis*, si puedo expresarme de esta manera, pero no tengo noticias tuyas ni del *Journal*; ¿y qué voy a hacer con toda esta música?

y hacia el 24 de ese mismo mes:

...todavía no se han buscado los instrumentistas ni se ha copiado la música. ¿Qué es lo que se creen?... ¿Quieres recordarles

que se necesitan dos arpas, dos flautas, una celesta Mustel y la manera de utilizar esta delicada mezcla?

Más noticias hay en una carta de Pierre Louys a su hermano Georges:

Paso durante esta semana todas mis tardes con mujeres desnudas. Es muy bonito. Se trata de modelos que van a representar once Canciones de Bilitis en la escena del Journal, con velos drapeados, o en robes de kós, o sin otra defensa que sus dos manos o su posición (tres cuartos, vistas de espaldas). M. Béranger ha hecho llamar al director y lo ha amenazado con enviarlo a los in-pace de la República sigue con su proyecto. Pero tan bien lo seguimos que la velada tendrá lugar el 4 (se realizó en verdad, el 7) ante trescientas personas y sin el menor cambio. Música de Debussy, conferencia de Vanor, recitados por Mlles. Moreno o de Sivry...

La única crítica conservada —la del Journal, naturalmente— proclama que la velada "fué uno de los espectáculos más artísticos que ver-se puedan", y agrega que la música fué "de M. de Bussy, prix de Rome", perpetuando una grafía fantasiosa que Debussy había abandonado desde su adolescencia. El "premio de Roma" escribía a Pierrey Louys el 31 de enero de 1901 que

desde ahora, el manuscrito delgado y rápido de la música de las Chansons de Bilitis te pertenece.

"Delgado y rápido" son adjetivos precisos para designar el manuscrito, que se conserva, sin la parte de celesta, y su contenido, centenar y medio de compases para once de las canciones. Debussy retomó, después de más de diez años, y en uno de los períodos más duros de su vida, esos apuntes, e hizo con ellos los Six épigraphes antiques, de una extensión casi doblada.

Para muchos críticos (Burlingham Hill, Guido Gatti), los Epígrafes son una obra "bella y artificial", "literalmente llena de clichés" —ni más ni menos que toda obra de un artista que crea su propia lengua. Más justo, más comprensivo, aparece el juicio de André Suarés:

¡Pobre Debussy! Ni los Epígrafes ni las dos sonatas para violonchelo y para violín son, sin duda, sus obras maestras. Y sin embargo, hace en ellas algunas de las más secretas y desgarradoras confesiones que el arte haya arrancado nunca a un artista. No podría imaginarse mayor simplicidad en el plan y más extraña curiosidad en el gusto sonoro: este contraste es ya singular. El refinamiento de la armonía, su sinceridad más que su audacia, no son, en lo más mínimo, el efecto de una búsqueda, sino por el contrario, la expresión más directa del instinto y la sensibilidad; aquí el suspiro, el grito ahogado, el abandono del cuerpo torturado, la angustia de la enfermedad, son música... (y sin embargo) el orden in-

terior, la claridad de la inteligencia siguen, admirables... Y nada es más extraordinario que esta lucidez. El espíritu no ha dejado de ser el amo... guarda su gracia en la desesperanza, no pierde toda su sonrisa entre la bruma de los tormentos. Sobria y contenida, esta música desgarrar la imaginación por todo lo que confiesa de su autor, por lo que permite suponer... Una parte de los Epígrafes semeja, impasiblemente, el sueño de un atormentado mientras está bajo la influencia del opio: contempla sus suplicios, los relata, con breves palabras, pero parece estar separado de ellos. En la otra parte, ya está despierto; ya no mira sus sufrimientos; sufre. La unidad no falta en estas obras anhelantes y agitadas, pero está suspendida a cada momento por el grito sordo y el temblor. Fragmentos, si se quiere, pero fragmentos de una fuerza y una belleza íntegras.

Para invocar a Pan, dios del viento de verano, escrito casi enteramente en el modo frigio, tan caro a Debussy, se inspira en la canción denominada Canto pastoral:

Hay que cantar un canto pastoral, invocar a Pan, dios del viento de verano. Yo guardo mi rebaño y Selenis el suyo, a la sombra redonda de un olivo que tiembla.

Selenis está tendida sobre el prado. Se levanta y corre, o busca cigarras, o coge flores e hierbas, o lava su cara en el agua fresca del arroyo.

Yo arranco la lana del lomo rubio de los carneros para llenar mi rueca, e hilo. Las horas son lentas. Un águila pasa por el cielo.

La sombra gira; cambiemos de lugar la cesta con flores y la jarra de leche. Hay que cantar un canto pastoral, invocar a Pan, dios del viento de verano.

Para una tumba sin nombre combina la monótona incertidumbre de la gama por tonos enteros con esas figuras cromáticas descendentes que aparecen en Canope y que caracterizan el llanto de las mujeres de Biblos por la muerte de Adonis, en El martirio de San Sebastián. Acompañaba a La tumba sin nombre:

Manasidika me tomó de la mano y me llevó fuera de las puertas de la ciudad, hasta un pequeño campo inculto donde había una estela de mármol. Y me dijo: "Esta fué la amiga de mi madre".

Entonces sentí un gran temblor, y sin soltar su mano me incliné sobre su hombro para leer los cuatro versos escritos entre la copa hueca y la serpiente:

"No es la muerte quien me arrebató, sino las Ninfas de las fuentes. Reposo aquí bajo una tierra liviana, con la cabellera cortada de Xanto. Que ella sola me lllore. Yo no digo mi nombre".

Largo tiempo hemos permanecido de pie, y no hemos derramado

la libación. ¿Porque cómo llamar a un alma desconocida entre las muchedumbres del Hades?

Según Henri Borgeaud —que tampoco se arriesga a aseverarlo terminantemente, lo que es bien cuerdo si se considera el tiempo transcurrido entre las dos redacciones de esta obra— la línea ondulante de Para que la noche sea propicia comenta Las comparaciones, cuya primera estrofa reza:

Aguznieves, pájaro de Venus, canta con nuestros primeros deseos. El cuerpo nuevo de las muchachas se cubre de flores como la tierra. La noche de todos nuestros sueños se acerca, y hablamos de ella entre nosotras.

Para la danzarina de los crótalos, construída sobre el modo mixolidio (sol, con bruscos cambios de tónica) evoca, con sus oposiciones rítmicas, a La danzarina de los crótalos:

Aseguras a tus manos ligeras los crótalos sonantes, Mirrinidión querida, y apenas abandonas la túnica sacudes tus miembros nerviosos...

...De pronto golpeas tus crótalos... Que tus manos llenas de rumor llamen a todos los deseos, en bandada, alrededor de tu cuerpo turbulento.

Para la egipcia sirvió de fondo a Las cortesanas egipcias:

He ido con Plango a ver a las cortesanas egipcias, en lo alto de la ciudad vieja. Tienen ánforas de tierra, bandejas de cobre y esterres amarillas donde se sientan en cuclillas cómodamente.

Sus cuartos son silenciosos, sin ángulos ni rincones, de tal manera las capas sucesivas de cal azul han embotado los capiteles y redondeado el pie de los muros.

Ellas permanecen inmóviles, con las manos apoyadas en las rodillas. Cuando ofrecen la comida murmuran "Buena suerte", y cuando se les agradece, dicen "Gracias a ti".

Comprenden el griego y fingen hablarlo mal para reírse de nosotras en su lengua; pero nosotras, diente por diente, hablamos en lidio y ellas se inquietan súbitamente.

Este epígrafe es un claro ejemplo de cómo la música ha superado la anécdota. Del vívido cuadro de las cortesanas sólo queda, como una pintura interior, una vibración extraña sobre largos pedales armónicos y una línea sonora fina como el perfil de un vaso.

Para agradecer a la lluvia de la mañana, donde las melodías circulan a través de una insistente bruma como de lluvia menuda, traduce La lluvia de la mañana:

La noche se borra, las estrellas se alejan. Ya las últimas corte-

sanas han vuelto con sus amantes. Y yo, en la lluvia matinal, escribo estos versos sobre la arena.

Las hojas están cargadas de agua brillante. Los hilos de agua cruzan los caminillos arrastrando la tierra y las hojas muertas. La lluvia, gota a gota, abre agujeros en mi canción.

¡Oh, qué triste y sola estoy aquí! Los más jóvenes no me miran, los mayores me han olvidado. Está bien. Aprenderán mis versos, y los hijos de sus hijos también.

He aquí lo que ni Myrtalé ni Taís ni Glikera se dirán, el día que sus bellas mejillas pierdan su encanto. Los que amen después cantarán juntos mis estrofas.

El comienzo del primer epígrafe cierra armoniosamente la serie, evocando el tiempo en que Bilitis era joven y cuidaba su rebaño a la sombra redonda de un olivo.

*

El 11 de julio de 1914, a las puertas de una guerra cuyo fin no alcanzaría a ver, Debussy escribe a Jacques Durand:

Mi querido Jacques:

Aquí van los títulos y subtítulos de los Seis epígrafes antiguos, piezas bastante cortas para piano a cuatro manos.

Tuve alguna vez la intención de hacer con ellos una suite para orquesta, pero los tiempos son duros y la vida me es más dura todavía.

Le esperaban cuatro años aún peores, todavía más tristes y dolorosos, antes del 25 de marzo de 1918, fecha de su muerte. Hoy, a treinta y cuatro años de escritas esas líneas, sabemos definitivamente que tenía razón al transformar La lluvia de la mañana en un agradecimiento a la lluvia matinal. El agua y el tiempo habrán hecho algunos agujeros entre las estrofas, como en toda obra de humanos, pero los que vengan después seguirán aprendiendo su canción.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

Estas notas, rehechas sobre los apuntes para los comentarios orales que precedieron a la ejecución de las obras programadas, se apoyan en los siguientes libros:

Lettres de Claude Debussy á son éditeur, publiées par Jacques Durand. Paris, A. Durand et Fils, 1927.

Correspondance de Claude Debussy et Pierre Louys, recueillie et annotée par Henri Borgeaud. Paris, José Corti, 1945.

Cl. Debussy: Lettres á deux amis, 78 lettres inédites á Robert Godet et G. Jean-Aubry. Paris, José Corti, 1942.

- Pierre Louys: *Les chansons de Bilitis*. Paris, Charpentier et Fasquelle, 1922.
- André Levinson: *La Danse au Théâtre*. Paris, Bloud & Gay, 1924.
- Edward Lockspeiser: *Debussy*. London-New York, J. M. Dent and Sons-E. P. Dutton and Co., 2nd. ed., 1937.
- Luigi Perrachio: *L'opera pianistica di Claudio Debussy*. Milano, Bottega di Poesia, 1924.
- André Suarés: *Debussy*. Paris, Emile-Paul Frères, 1946.
- Oscar Thompson: *Debussy, man and artist*. New York, Dodd, Mead & Company, 1937.
- León Vallas: *Claude Debussy et son temps*. Paris, Alcan, 1932.
- Etc., etc.

NOMINA DE LOS CURSOS Y CONFERENCIAS DE JULIO

- AYALA, FRANCISCO: "Principios de Sociología General". Curso que se dicta los miércoles a las 18 en Santa Fe 1145.
- CERNUSCHI, FELIX: "Unesco vista y analizada por dentro", el lunes 26 a las 19 en Florida 659, y "El movimiento de la unificación de la ciencia", el jueves 29 a las 19 en Florida 659.
- DEVOTO, DANIEL: Homenaje a Claudio A. Debussy. "La obra de C. A. Debussy para piano a cuatro manos". Audición comentada en colaboración con Jacqueline Ibels. El jueves 15 a las 19 en Florida 659.
- GHIOLDI, ALFREDO: "Impresiones sobre los Estados Unidos y su sistema educacional". Dos conferencias los días lunes 19 y jueves 22 a las 19 en Florida 659.
- HALPERIN, GREGORIO: Latín para juristas. Curso que se dicta todos los martes y viernes a las 19 en Santa Fe 1145.
- IBELS, JACQUELINE: Homenaje a Claudio A. Debussy. "La obra de C. A. Debussy para piano a cuatro manos". En colaboración con Daniel Devoto.
- LAJMANOVICH, SARA KURLAT DE: Curso de inglés básico. Curso que se dicta los lunes y viernes a las 18 en Santa Fe 1145.
- LANCELOTTI, MARIO A.: "De Corelli a Tartini". Conferencia pronunciada en Santa Fe 1145 el martes 20 de julio a las 19.
- MANTOVANI, JUAN A.: "La educación: crisis y renacimiento". Curso que se dicta todos los martes a las 18 en Santa Fe 1145.
- MONNER SANS, JOSE MARIA: "Iniciación del Modernismo en Hispano América (1882-96)". Curso que se dicta todos los miércoles a las 19 en Santa Fe 1145.
- PAYRO, JULIO: "La pintura en el siglo XX". Este curso comenzó a

dictarse el lunes 5 a las 18 en Florida 659, y prosiguió, a las 19 y en Santa Fe 1145 los días 12, 19 y 22. A partir de esta última fecha las clases tienen lugar todos los jueves a las 19.

REISSIG, LUIS. "La educación de la mujer en la Argentina. IV. — Educación para la vida pública y política. El jueves 1º. a las 19 en Florida 659.

RELGIS, EUGEN: "Algunos grandes europeos". Conversaciones con Romain Rolland, Heinrich Mann, Hans Ryner, Henri Barbusse, León Tolstoi, Augusto Forel, Andreas Latzko y Stefan Zweig. Conferencia pronunciada en el Colegio el lunes 5 a las 19, en la sala de Florida 659.

REVOL, ENRIQUE LUIS: "William Blake y su tiempo". Dos conferencias los días 13 y 15 a las 19 en Santa Fe 1145.

ROMERO, JOSE LUIS: "La cultura heleno-romana". Después de la interrupción causada por la enfermedad del profesor Romero, reanudó éste su curso el lunes 26 a las 19 en Santa Fe 1145 donde continúa dictándolo todos los lunes a esa misma hora.

SCHOSTAKOVSKY, PABLO: "Las letras rusas contemporáneas" Dos conferencias los días jueves 8 y lunes 12 a las 19 en Florida 659.

VERA FRANCISCO: "Los grandes descubrimientos científicos en el cuadro de la Sociedad Moderna", Última conferencia del cursillo, el martes 6 a las 18 en Santa Fe 1145.

Los Libros

Pedro Salinas, LA POESIA DE RUBEN DARIO. (Ensayo sobre el tema y los temas del poeta). Editorial Losada. Buenos Aires.

En gran deuda estamos con Rubén Darío. No se ha cumplido el deber primero de asegurar la trasmisión de la obra en textos limpios e indudables: única excepción, el estudio que para editar *Azul...* hicieron Erwin K. Mapes y Julio Saavedra Molina, incompleto hasta la fecha. La imagen del hombre Rubén Darío se ha fijado sin enriquecerse en los últimos veinte años: el perfil lo dió la biografía de Francisco Contreras, que aunque suficiente, no debió ser única. Y como la intimidad del poeta escapó a sus amigos más próximos y los discípulos han ido desapareciendo uno tras otro sin dejarnos sino elogios fragmentarios, puede preverse que no podrá repararse ya ese vacío. Pero está la obra poética riquísima, y tampoco se ha explorado suficientemente, ni siquiera ordenado cronológicamente. Las investigaciones meritísimas de Arturo Marasso, que tantas direcciones señalan, siguen probando que su prolongación es tarea para una vida. En general, la imagen de ese mundo poético es para todos la que trazó Rodó cuando Rubén Darío no había traspuesto la etapa de tentativas y experiencias. Entonces podía dudarse de que fuera ése poeta de América, aunque Unamuno, siempre clarividente, respondió en seguida con una página hoy olvidada.*.

Pedro Salinas, que es poeta además de crítico, ha preferido internarse en la obra de Darío como lector devoto, y renuncia a considerarla en su aspecto histórico. Busca su camino tratando de desentrañar el tema esencial de esa vida, entendiendo por tal la preocupación obsesiva del artista, y los temas secundarios, que son para él "como apartes del gran monólogo". El núcleo de su estudio lo forman, pues, los seis capítulos que dedica al poeta erótico, y las diversas formas en que se expresa ese erotismo que él califica de "insatisfactorio", "fatal", "agónico", "trágico", y "trascendente". Apéndice de los anteriores son dos últimos capítulos, dedicados al poeta social y a su concepción esté-

*"No creo que sea preciso pasarse de zahorí para descubrir en las composiciones de Darío las notas, los reflejos y los rumores por los que se conozca al americano y aun al sucesor de los misteriosos artistas de Utatlán y Palenke" (1899).

tica, que aparecen al margen y algo desvinculados de lo anterior. Hermosas páginas, las que ocupa el análisis de los textos eróticos, donde el tema se despliega en toda su variedad: la poesía del mero impulso sin objeto individualizado (cap. IV), que como explica sagazmente Salinas tiene sabor de antigüedad; la mitificación de lo erótico, el helenismo, el exotismo y los "paisajes culturales" (cap. V y VI); la poesía del conflicto (amor y culpa primero, amor y muerte en seguida), el diálogo con la esfinge interior y la angustiosa inquisición en la tiniebla, que ahuyenta y despedaza la antigua sensualidad (cap. VII); la vacilación tremenda, la obsesión de la muerte, la plegaria todavía insuficiente, el arrepentimiento y la caída (VIII); otra vez el conflicto de altura y baja y la humillación de la voluntad vencida (cap. IX). Salinas, ciertamente, sitúa a Darío en la línea poética que parte del Canciller Pero López de Ayala y llega a Unamuno, "que hicieron alma de su obra a este encuentro del uno con el otro, a la angustia del pecador y su pecado". Aunque el libro presente se ofrece como reflexión sobre temas poéticos, el análisis se vuelve invenciblemente sobre estados de alma, que son momentos sucesivos, más que sobre la expresión literaria misma. Con el crítico recorremos una evolución histórica —aunque él se resista a considerarla así, pág. 141—, que va desde el amor de los sentidos hasta la derrota y la salvación final. La materia tiende a ordenarse históricamente, a pesar de la intención del crítico, que reacciona contra ello en cuanto lo advierte, quizá porque tropieza con la dificultad de fechar la obra de los últimos años del poeta. Pero en cambio el verso de Darío se describe cordialmente, se amplifica y se desenvuelve imágenes que se yuxtaponen y se reiteran como un hermoso eco. Los devotos de Rubén Darío cuentan ahora gracias a Salinas con otra guía indispensable para penetrar en la obra lírica del más vigoroso y complejo poeta hispanoamericano. *

Julio Caillet-Bois.

Vicente Fatone: **EL EXISTENCIALISMO Y LA LIBERTAD CREADORA**. Una crítica al existencialismo de J. P. Sartre. Editorial Argos, Buenos Aires, 1948.

La filosofía tradicional al preguntar por el Ser (fundamento último de la realidad y de sí mismo), pretende constituirse en ciencia objetiva de la verdad. Pero su intento de apresar al Ser en los moldes lógicos y universales de la Razón se ve frustrado por la aparición, encubierta o manifiesta, del ser de quien pregunta, que no es ser cumplido sino

* Dos observaciones de pormenor: la Oda a Roosevelt se compuso en 1903, y no en 1905, como se dice en la pág. 237, según P. Henríquez Ureña (*Literary Currents*, 173). El soneto Libros extraños de Canto errante está dedicado al Libro extraño de Francisco Sicardi (Buenos Aires, 1894).

existencia, existencia torturada que marcha a la búsqueda de su propio sentido.

La existencia humana, el singular, el Único, en definitiva el hombre, se revela así como el verdadero punto de partida del filosofar.

El hombre, que existe, cuestiona su ser, y descubre allí, en el seno mismo de su ser la presencia de la nada que lo atraviesa.

Frente al ser en sí, macizo y pleno, de los objetos, inalterable y regido por el principio de identidad, se halla el ser para sí de la conciencia que porque se sabe totalidad incumplida y es al mismo tiempo afán de cumplirla, tiende a esa totalidad, proyectándose en la aspiración de sus posibles que ella misma elige. Elección y temporalización, libertad creadora y tiempo, eso es la conciencia. Aspiración inútil a la eternidad que no puede lograr, porque la eternidad que es presente puro, al cumplirse como coincidencia del en sí y del para sí, suprimiría la conciencia y por consiguiente la existencia.

El ser indigente de la existencia, está condenado al fracaso de su realización; y su libertad creadora, no es siquiera libertad para la muerte (como en Heidegger), sino libertad para la nada. Porque este hombre de Sartre, de raíces pascalianas y cartesianas, que a través de un análisis fino y luminoso nos presenta Fatone, es un hombre que como el de Unamuno, "siente la congoja de no ser más que hombre".

El hombre se revela en última instancia como afán de ser Dios en que tiende a suprimirse como hombre para realizarlo. Pretensión y pasión también inútiles porque Dios no existe. (Fatone se encarga, en un planteo original, de reunir "las pruebas de la inexistencia de Dios", que Sartre proporciona a través de su obra filosófica y literaria).

El hombre de Sartre es sí el más libre y responsable de los hombres, pero al mismo tiempo el más miserable.

El existencialismo de Sartre, su existencialismo, lo ha llevado a un "impasse", a un detenerse frente a la puerta cerrada que existe al final de los muros que cercan la conciencia, y que como ser en sí que son, son inatravesables. No le vale tampoco para salir de él su incursión por el campo de la experiencia mística, porque ésta no es una experiencia personal sino experiencia vivida por sus personajes que no tienen más realidad que el antimundo imaginario donde actúan.

Este libro del profesor Vicente Fatone, lúcida y profunda crítica al existencialismo sartriano, no se limita a ser una exposición clara e inteligente de los temas en que ahonda el pensador francés (Problema de la negación y de las nada particulares. Las regiones del ser: ser en sí, ser para sí, ser para otro. Problema del cuerpo. El tiempo. La angustia y la libertad. Dios). Es además y principalmente una elaboración personal que más allá de la desesperación a que conduce el ejercicio de la libertad creadora "para la nada" nos abre las puertas de una solución.

El hombre no puede hacerse Dios como pretende, y allí reside su miseria; pero asume generosamente, como Dios, la responsabilidad, en

la creación de sus posibles, de construir un mundo que sea el mejor de los posibles, y allí reside su grandeza. "La pasión humana, que se denunciaba como inútil en cuanto era una pasión inversa a la del Cristo, deja ahora de ser inútil porque se revela como semejante a la pasión divina: la pasión de la generosidad".

En esta solución al problema de la existencia (solución que Sartre promete y no da), de nuevo asume su papel la ética, en la cual la libertad creadora vuelve a convertirse en acatamiento a la ley que ella misma se da; y en que por ser el acto libre y creador, extratemporal y eterno, nos reabre también el acceso a lo absoluto.

Julia María Ferrari.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

LUIS REISSIG

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Ver "Cursos y Conferencias", año VII, volumen XIV, Nros. 7-8, octubre-noviembre de 1938.

EL COLEGIO DE MEXICO publica trimestralmente la

Nueva Revista de Filología Hispánica

Director: AMADO ALONSO

REDACTORES: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

REDACTOR BIBLIOGRAFICO: Mary Plevich.

SECRETARIO: Raimundo Lida.

PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.

Redacción: EL COLEGIO DE MEXICO, Sevilla 30, México, D. F.

Administración: FONDO DE CULTURA ECONOMICA, Nápoles 5, México D. F.

El Trimestre Económico

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

Es una revista indispensable para los que se interesan por los problemas económicos de Hispano-América en general y de México en particular

Dls. 2.00 AL AÑO

NUMERO SUELTO Dls. 0.50

PHILOSOPHY AND PHENOMENOLOGICAL RESEARCH

A Quarterly Journal Published for the International Phenomenological Society

UNIVERSITY OF BUFFALO
BUFFALO, NEW YORK

Esta revista, fundada y dirigida por el Prof. Marvin Farber, continúa en los Estados Unidos la famosa publicación fundada por Edmund Husserl, "Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung", muchos de cuyos colaboradores intervienen en ella, al lado de notables especialistas norteamericanos y de otros países.

Suscripción, 4 dólares por año.

The Personalist

A QUARTERLY JOURNAL
OF PHILOSOPHY, RELIGION
AND LITERATURE

Director: Ralph Tyler Flewelling
The School of Philosophy
University of Southern California
3551 University Avenue

LOS ANGELES, California
Estados Unidos

Suscripción, 2 dólares por año.